

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
FEBRERO-MARZO
2024



No. 48



BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

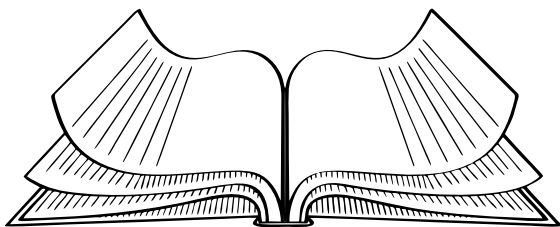
RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 48

www.porescrito.org

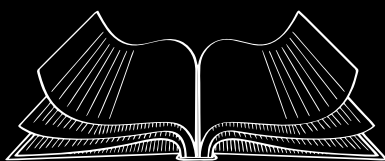




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>¿Hacia dónde?</i> Beatriz Sandoval	7
<i>Antes de aquí</i> Viktor Olvera	8
<i>Lo femenino tiene cuerpo</i> Teresa de Jesús Vilchez Gómez	9
<i>cicatriz en los labios.</i> Salvador Galván	10

FIRMAS

<i>Cruces bioluminiscentes</i> Cecilia Durán Mena	12
<i>La Cabalgata de la Valkiria según Wagner</i> Fernando Montoya	15
<i>A simple vista</i> Andrea Fischer	19
<i>Mujer lechuza</i> Susana Corcuera	23

IMAGINARIO

<i>Sin título</i> Irina Tall	26
<i>Sin título</i> Irina Tall	26
<i>Sin título. De la serie De paso</i> Aníbal Camacho	27
<i>Sin mañana</i> Kashya Siqueiros	27
<i>Vivir Sin Miedo</i> Kashya Siqueiros	28
<i>Sin título. De la serie De paso</i> Aníbal Camacho	28

<i>Sin título. De la serie De paso</i>	
Anibal Camacho.....	28
<i>Sin título</i>	
Irina Tall	29
<i>Sin título.</i>	
De la serie De paso Anibal Camacho	29

VOCES

<i>Petricor y Geosmina</i>	
Natalia Cobo	30
<i>Aquí, en la jacaranda</i>	
Mateo Mansilla-Moya.....	31
<i>La muerte y todas sus mujeres</i>	
Jerónimo Boullosa	33
<i>Sofía</i>	
Gyselle del Toro.....	58

Hablando por escrito

En este número quisimos elevar la pluma para celebrar a la mujer. Más allá de quienes empuñamos la pluma, en *Pretextos Literarios Por Escrito* anhelamos que cada una tenga la libertad para referirse a lo femenino desde su trinchera. No hay moldes para abordar un tema que sigue causando nerviosismo. Desde el inicio de los tiempos, todos nos acercamos a lo femenino de puntitas, despacio, con solicitud y empeño para no equivocarnos. Nos aproximamos desde el deber ser y aún no hemos dilucidado lo que es eso. En esta ocasión, buscamos romper los lugares comunes que han encadenado a tantas mujeres. Escribimos desde el deseo de que cada una logre hacer exactamente lo que quiera, para que sea verdadera ante sí misma, para que encuentre las oportunidades de desarrollo que busque. Las mujeres debemos ser libres, tener la independencia de ser quienes deseamos y cómo sea que lo queramos.

Es curioso, pero cuando caemos en la cuenta, cuando nos vemos entre nosotras mismas o cuando nos miran los demás, podemos enterarnos de que vamos nadando en un mar de incomprensión. Nos falta entender. Entendernos. Hablar de la mujer nos sigue poniendo de nervios. Sucede, incluso entre nosotras mismas. Hoy en día, las posibilidades de tener una conversación genuina en torno a lo femenino han desfallecido en vez de haberse fortalecido. La brecha de entendimiento ha forjado más separaciones que lazos de unión. No queremos caer en ese pozo oscuro.

Ni la edad ni nuestra identidad ni la raza ni nuestras tradiciones o nuestros orígenes, ni lo que nos gusta o nos aflige y mucho menos nuestras ideas debieran separarnos. Lo que somos no ha de constituir un motivo de incomprensión y mucho menos de hostilidad. El anhelo de cada una debe ser respetado, honrado e impulsado. Sin subir este primer peldaño, ningún tipo de unión será posible.

En cierto sentido, todas las mujeres —y todas las personas de este mundo— somos a la vez beneficiarias y víctimas. La Historia, la Filosofía, las artes en general y en particular, la Literatura y la Poesía son fieles testigos de estas palabras. La sordera frente a lo femenino es un problema viejo y vigente. Es una situación insostenible. Todos los seres humanos somos criaturas de ideas. Ideas que pueden ser duras o suaves, revolucionarias o tradicionales, grandes o pequeñas y el problema parece seguir. Seguimos imponiendo cartabones.

En *Pretextos Literarios Por Escrito* no pretendemos resolver ese problema. Nuestras pretensiones son más humildes. Buscamos que en este número se abra una ventana al lector para que pueda contemplar este rompecabezas que tiene un sinnúmero de piezas con tantas formas y materias. Es nuestra intención que, en medio de tanta incertidumbre, podamos mostrar

argumentos, deseos, creencias, mundos fantásticos creados con imaginación para reflejar la realidad.

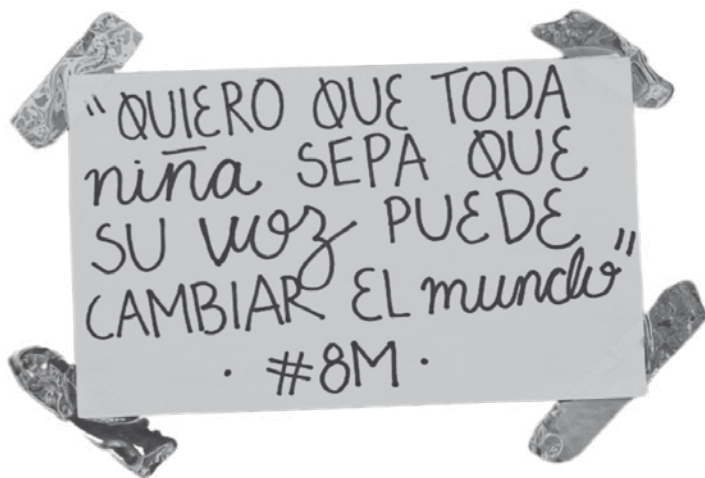
Al abrir esta ventana, queremos mostrar los prejuicios, las dificultades, los terrenos rocosos, los peligros, el miedo, los techos de cristal, la amargura, los momentos dulces, los gozos, las victorias. Ponernos delante del espejo para sensibilizarnos frente a un tema que ha de tocar nuestras conciencias.

Mi deseo es dejarte a ti que nos lees un pretexto para que descubras lo mucho que nos importa un tema que tiene más preguntas que verdades absolutas. Ojalá logremos abrirnos a una revisión a todos estos territorios inexplorados de la feminidad.

Sin ti, nada de esto tiene sentido. Eso nos incluye a todos los seres que pasen la mirada sobre estos renglones. Sin ti, sin una persona que lea, sin alguien que nos escuche, algo muere. Desaparece. Cada narrativa ha necesitado un receptor para causar conmociones. La agitación se genera cuando una mente conecta con otra. Esa es la experiencia más alta: la que se genera cuando el mensaje llega a su destino. Sentirnos es la labor ineludible del arte, es el punto nodal de las letras. Nuestras emociones tienen un significado. Nuestras palpitaciones evocan placeres, angustia, admiración, confusión. Y, siempre habrá algo que hace falta, que no sea una voz femenina lo que queda oculto en un hueco oscuro.

Por ese motivo, para ustedes, en este número 48 nos referimos desde nuestras trincheras a lo femenino.

La editora general



Cecilia Durán

¿Hacia dónde?

Beatriz Sandoval

Cómo es que este sentir se intensifica
a medida que muero, que envejezco.
Cómo debo soportar el vaivén de las olas
que me arrastran,
si es contra voluntad, contra natura;
si ya no quiero ir.

¿Hacia dónde?

Con cada intento de brazada,
los pedazos de vidrio que rodean mi corazón
otra vez se remueven.

¿Hacia dónde?

Yo siento que me ahogo
en este océano de espejos deformados.



Emilio Amozorrutia

Antes de aquí

Viktor Olvera

Antes del cielo
está el abismo de tu centro
al que temo
y con quien duermo,
como herido de silencio
entre llanto y corazón,
y está la lluvia de tus pechos
que nos baña
y no se acaba por purita compasión.

Antes de hoy está el, ahora,
largo y callado enredo de tu pelo
con quien hablas y me ignoras
como intentando entrar
en un mundo sin fronteras
y sin paraíso que soñar.
Está también el trueno
y la sombra de tu boca-tormenta
que me aspira y me provoca
una sublime encarnación,
que te escurre y nos corona
como *piercing* de pezón.

Y antes de ti está mi vientre
que se inflama y te despeina hasta la cornisa,
y antes de eso está tu piel y su sonrisa
que se ensancha y me penetra cual
incendio en tu caricia
entre sueños y sudor,
y están los vicios salivales que no saben de traición
pero cómo pesan
y cómo saben,
pero antes que otra cosa suceda
estaba yo...



Alicia Ramirez

Lo femenino tiene cuerpo

— Teresa de Jesús Vílchez Gómez —

Hay una voz rezagada en este cuerpo
un mosaico de esperanzas de colores
que dirige el camino de una figura
humanamente bella, quizás.

Un par de manos ligeramente tersas
enlazadas a un cuerpo bestial
que amenaza con ser una figura femenina
perturbada

Una voluntad inviolable, reactiva, perpetua
contenida en un espacio ferozmente tibio.

Un hogar construido con escombros
donde los objetos no son maleables
más bien ásperos, incisivos y punzantes,
con la capacidad de convertirse en armas.

Una figura con deseos incólumes
entrañas sangrantes y formas grotescas,
olores incómodos y texturas engorrosas.

Lo femenino tiene un cuerpo
inconmensurable.



Carolina Gómez Cea

cicatriz en los labios.

Salvador Galván

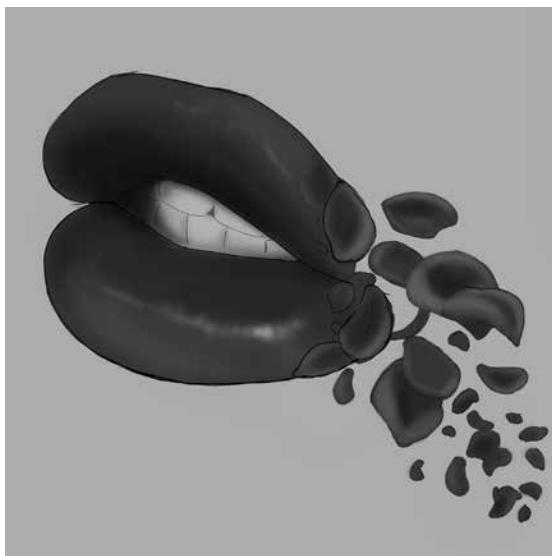
detrás de los ojos
(no hay nada)

nudillos rosados
dibujan una flor
rasgan pétalos
negros.

te entregué mi voz
(todo es mentira)

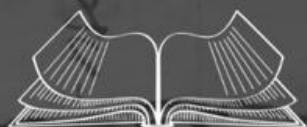
ahora cuento tus vertebras
ato tus huesos a mis manos
me entierro
en tus palabras.

juro nunca
(curarme)



Kevin Romero

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

← →

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

← →

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Cruces bioluminiscentes

Cecilia Durán Mena

Lo más extraño de estar aquí sola, viendo tantas cruces con nombres que me son desconocidos, es pensar en todas esas vidas que nos fueron arrancadas. Parece como si estuviera en una de esas salas de museo que se levantan sobre la desgracia humana. El silencio es tan hondo que siento miedo de que el sonido de mi respiración las perturbe. Yo respiro, ellas ya no. Tengo la sensación de meter aserrín en los pulmones.

Estoy parada frente a una pared negra, alta, de triple altura, llena de nombres escritos en el brazo horizontal que cruza el eje vertical. Son de todos los tonos del color rosa, muchas magenta, otras de pátina pastel, unas de acento muy mexicano otras de tonalidad pálida: todas rotuladas con letra de molde en tinta roja. El contraste me irrita los ojos. No sé si huele a copal, a incienso, a los dos o si solo me lo estoy imaginando. Polvo. Flor. Humo. Ceniza. Me arde la garganta. Siento un bulto tan gordo en la garganta y en todo el cuerpo como los que se forman cuando te aguantas las ganas de llorar.

Entre tantos nombres —son tantos que si intento contarlos, pierdo la cuenta— hay un hueco. Algo en este espacio en blanco me pone la piel de gallina. ¿Será que la negación de una realidad, logra contar una historia? Lágrima. Fuego. Aroma. Tumba. Puede representar una tumba. Una tumba abierta o reabierta, profanada, mostrada como parte de la exhibición. Un cementerio no es un museo. Hay quienes creen que se parece mucho. No lo es.



Alicia Ramirez

Florece algo de curiosidad solidaria o de extrañeza que parece morbo. Un memorial no es una exhibición. Una conmemoración no es una fiesta. El hueco. En el hueco no colgaron una cruz sin nombre. Está vacío. El hueco es un suspiro. El hueco busca que cada uno le de su propia interpretación, que le ponga un nombre. Ese vacío se parece a las tumbas de los héroes desconocidos de las guerras. Pero, estas no son heroínas, son víctimas. Asesinada. Muerta en un ritual. Un pleito. Una gresca. Un tiro. Un cuchillo. Golpes o un solo golpe. Asfixia. Falta de aire. Muchas solo desaparecieron, no saben

ni cuándo ni cómo ni dónde. No lo sabemos. ¿Lo sabremos? No creo. Estar aquí me hace sentir que la justicia no existe.

Voy leyendo entre tantas cruces nombres y nombres e imagino las despedidas que no se pronunciaron, las muertes repentinas, las que se causaron por cosas que a ojos vista, podrían parecer insignificantes. Un reclamo de cuentas, una batalla de honor, una escena de celos, un desahogo pasional, un simple robo, un atrevimiento, una muerte que llegó porque se podía: todas son un conjunto injusto, purulento y doloroso.

Nombres que habrían de contar historias que ya no serán narradas. Una María que horneaba galletas mejor que nadie; una Lupita que tenía una memoria prodigiosa; una Josefa que olía a naranja y toronjil; una Victoria que entendía los secretos de la tierra; una Dolores que dominaba la aguja y el hilo; una Teresa que sabía de alquimia; una Gabriela que manejaba números mejor que nadie; una Rafaela que no tuvo hijos, una Martha que tuvo muchos. Un corazón fiel, infiel, recatado, desvergonzado, quieto, inmóvil, muerto. Historias que ya llegaron a su fin, a las que alguien les puso un punto final. Fantasear me impulsa la búsqueda de cierto nivel de verdad.

Me tiembla la mandíbula y me castañean los dientes. Eso me produce tanta muerte. Eso me causa pensar en la fragilidad de la vida. Siento frío hasta los huesos. Darme cuenta que entre tanto nombre, podemos normalizar el enterarnos de tantas mujeres muertas y acostumbrarnos a ver, más que nombres, se vuelven números. Números sin identidad. Datos de una estadística. Información para una estadística que nadie consulta, que pocos entienden. La normalidad de perderlas, marea.

Y, ese hueco, ese hoyo sin nombre es la grieta que quiere simbolizar todo sin que haya nada escrito. Y, ¿si hubiera un nombre? Podría ser el de una niña o el de una anciana, de alguna a quien no le dio tiempo de salir corriendo, que se tropezó con la serpiente bicéfala del tiempo, se ahogó con la ola del mar embravecido, se enfrentó con el jinete negro que va tirando balazos al aire, que desafió al novio que no soportó que mirara a otro lado, amenazó al tío querido que tuvo miedo de que contará lo que le estuvo haciendo, al marido que no pudo con tanto brillo, al tipo que no aguantó estar en segundo lugar. Una de tantas que no logró alejarse lo antes posible de ahí.

Haber estado cerca, por los pelos, nunca ha sido un buen pretexto para morir. Un comienzo que se da por un beso robado, por una mano que tocó lo que no tenía permiso, una fuerza que consiguió lo que le fue negado. Nada de esta indiferencia antropocéntrica pone a todos los demonios a trabajar.

¿Qué hacemos con toda esta tristeza que nos deja su ausencia? Las que sí las conocieron, saben lo que significa la muerte: nunca más escucharán el sonido de su voz ni sentirán el calor de sus manos ni podrán percibir su aroma. Al ver las cruces, no sé decir qué de mí se rompió en ese momento.

Parece tan sencillo preguntar los por qué. Por qué no denunció, por

qué hasta ahora, por qué se calló, por qué no me di cuenta, por qué no la cuidé, por qué no la protegí, por qué no la salvé. Parece tan sencillo echarse para atrás, correr y tomar impulso, extender los brazos, perder el suelo y salir volando.

Como el mar turbio va y viene, mis ojos se llenan de agua y se vacían. Miro la cruel descripción del final del ciclo de la vida. Imagino si ese nombre fue de una niña feliz, si este fue de una adolescente entusiasmada, si aquel fue de una mujer de honor y ese otro de una vieja digna. Tengo un estremecimiento al imaginar si alguien les advirtió que huyeran y ellas se quisieron quedar. Siento como si me hubieran soplado en la cara un vaho de mal aliento.

No, los huesos no se lavan con agua. Hay que soplarles con dulzura para que no se deshagan o se vuelvan cenizas o se queden como palos sedimentos en un río contaminado. Ver tantas cruces es como mirarnos en un espejo roto. Microlluvias. Microtormentas. Pequeños sismos. Cruces con nombres. Nombres con historias, con las historias más tristes del mundo. Estrellas a las que les faltan varios picos. Estrellas cojas y mancas que brillan. Dicen que los animales que habitan en las profundidades de los mares son bioluminiscentes, mientras más en lo hondo habitan, más brillan para contrarrestar la penumbra.

Cruces bioluminiscentes, nombres que brillan entre tanta oscuridad. Y, en medio un hueco. Un hueco que encadena estas penas, estas tantas penas, que se entregan al desconcierto. El dolor ausente, ese que sin estar, es. Ese dolor que tampoco tiene a dónde ir.



Alicia Ramírez

La Cabalgata de la Valkiria según Wagner

Fernando Montoya

... según una convicción profunda mía, el arte es la tarea más alta y la actividad esencialmente metafísica de la vida, según piensa el hombre a quien quiero que esta obra sea dedicada, como mi noble compañero de armas y precursor en este camino...

Prólogo a Richard Wagner.

El origen de la tragedia a partir del espíritu de la música

Friedrich Nietzsche

Basilea, fines de 1871

En esta segunda entrega del drama wagneriano, *La Valkiria* supone un punto de inflexión en el desarrollo del conjunto de la acción dramática. La secuela de la ópera del “Anillo”, que en realidad es la primera de las tres ‘jornadas’ que integran la producción de Wagner puesto que *El Oro del Rhin* debe entenderse como un prólogo a todo cuanto va a acontecer, aparecen muchos elementos diferenciadores.

Estos elementos son, en esencia, la irrupción de nuevos personajes en la trama (acción dramática), la idea del amor como la verdadera y única fuente de la redención, y la gran humanidad que derrochan los nuevos protagonistas: Siegmund, hermano mellizo de Sieglinde, como el elegido para erigirse como el legítimo heredero mortal del dios absoluto Wotan; Sieglinde, cuyo amor por el primero –correspondido casi de inmediato desde su reencuentro en la choza en la que ella vive– le lleva a mantener relaciones incestuosas con él, que darán como fruto inesperado a un niño-héroe; la diosa Fricka, esposa de Wotan, diosa del Matrimonio y garante de la institución que representa, quien se opone frontalmente al amor que se profesan los dos hermanos –una clara y flagrante vulneración del compromiso matrimonial convencional–; el todopoderoso Wotan, quien se ve presa de su propia codicia, de sus contradicciones al concebir y urdir sus maléficos planes, del amor que profesa a sus nueve hijas Valquirias –en especial a Brünnhilda– y de su ambición de poder; Brünnhilda, la joven Valquiria predilecta de Wotan, que sufre la cólera de su padre al desobedecer a este y rescatar a Sieglinde, y que es condenada a dormir en un sueño eterno hasta que aparezca un verdadero héroe que sea merecedor de su amor; Fafner, desdichado gigante que vive en las profundidades de un bosque en forma de horrible dragón, solitario y proscrito tras asesinar a su hermano Fasolt e incumplir su pacto con Wotan.

En *La Valkiria*, el espectador-oyente se embarca en una aventura de pasiones humanas y de violentas emociones; incluso, quien más y quien menos, se identifica con parte –o la totalidad– de los rasgos psicológicos de

un determinado personaje. Wagner extrae de su paleta musical una coloratura orquestal realmente admirable. Es evidente que su técnica como orquestador es más depurada que cuando comenzó a acometer la tarea de componer *El Oro del Rhin*. La soltura y extraordinaria habilidad con la que manejaba los timbres de los diferentes instrumentos de la orquesta –y sus posibles combinaciones– sigue siendo hoy en día fuente de numerosos escritos musicológicos y artículos por parte de la comunidad musical.



Emilio Amozorrutia

Quien se acerque a esta ‘síntesis total del arte’ desde la óptica recomendada en la primera entrega de este análisis, percibirá con claridad creciente que gran parte de los argumentos que esgrimen los detractores de Richard Wagner para criticar e intentar desacreditar la genialidad creativa del gran músico de Leipzig son rotundamente infundados. Muchas de las críticas negativas que se han vertido sobre la producción artística wagneriana residen en la absoluta falta de voluntad para comprender este ‘suceso espiritual’ irrepetible, en la incapacidad para profundizar en las ideas poéticas y musicales de Wagner y en la densidad y complejidad de sus partituras.

Está claro que el grado de introspección y de conocimiento que exige

acercarse con rigor y pasión al corpus wagneriano es elevado. Estamos ante la obra cumbre de un compositor que trabajó apasionada y activamente en este proyecto durante más de dos décadas, y cuatro en el cómputo total –si se tiene en cuenta la concepción original de la “Síntesis de todas las artes” y del poema *La muerte de Sigfrido*–. Por tanto, será conveniente que el oyente que se acerque por primera vez a la Tetralogía lo haga sin ninguna clase de prejuicios psicológico-musicales.

El compositor alemán escribió: “Quien quiera que al juzgar mi música separe la armonía de la instrumentación, será tan injusto conmigo como quien separe mi música de mi poesía, mi canto de mis palabras”. De ahí la importancia de comprender que, en efecto, Wagner consiguió reunir las artes principales de su época en un único acontecimiento espiritual, producto de la suma de todas las disciplinas citadas en la primera parte de esta saga. Acercarse con rigor tan solo al plano musical de la Tetralogía reportará un extraordinario goce espiritual y un enorme enriquecimiento a quien así lo haga, pero ese individuo estará conociendo tan solo una realidad sesgada, desvirtuada. La plena comprensión del gran drama que ahora se está estudiando e ilustrando para todos nuestros lectores de Opera Mundi exige un grado de compromiso aún mayor.



Emilio Amozorrutia

La esencia de *La Valkiria* estriba en su capacidad para mostrar las miserias y grandezas del ser humano, sus limitaciones y ambiciones, sus perversidades y sus actitudes más nobles y generosas. Y he aquí que tanto los dioses como los seres humanos, los nibelungos o los gigantes del mundo imaginario wagneriano cobren una dimensión universal, al margen de la condición de cada uno de esos seres y criaturas. La grandeza de Wagner se encuentra en la universalidad de su mensaje: el amor lo redime todo, incluso a la muerte.

A simple vista

Andrea Fischer

A los capitalinos se nos olvida que la Ciudad de México está coronada por volcanes. El smog los cubre. A veces, por completo. Y así como el Popocatepetl se asfixia detrás de una cortina de humo tóxico, en ocasiones me pasa que Julián se desaparece por días. No porque no esté presente, o salga de la ciudad por trabajo. Sencillamente no lo siento cerca: una neblina densa le borra el rostro, las palabras.

Conforme el sol se come las sombras de la noche, pienso en cómo agosto ha sido un mes de harto silencio. Nos levantamos por la mañana, me saluda sonriendo suavemente y luego se acaba la interacción. Hay días que no escucho su voz para nada. Y ni siquiera se esfuerza; le sale natural. Observo cómo los rayos pálidos se deslizan por las paredes de nuestra habitación, como si su voz ausente se impregnara en las paredes. Vivimos sobre Periférico, al sur de la capital: el silencio es raro en el departamento. Pero abundan esos espacios de vacío, que quizás en otro contexto se pudieran leer como desinterés.



Carolina Gómez Cea

1. Ío

Julián está trabajando con el observatorio en un proyecto sobre las lunas galileanas. La intención de los investigadores es fotografiar los 4 satélites de Júpiter, descubiertos originalmente por Galileo Galilei hace más de 400 años. Hoy sabemos que, en total, el gigante gaseoso cuenta con al menos 79 lunas: —Son las que la tecnología nos ha permitido observar —me dijo él la primera

vez que hablamos del estudio—, pero pueden ser muchas más.

Allá por 1610, el astrónomo italiano las descubrió casi por casualidad, al jugar con lentes de amplio alcance. Después de meses de investigación científica, quiso mostrar sus hallazgos al Papa quien, convencido de que la Tierra era el centro del Universo, descartó por completo el trabajo de Galilei. Después de décadas de observación astronómica, el científico tuvo que renunciar a todas sus teorías, bosquejos, evidencia: a los ojos de la Iglesia eran herejías, dignas de la horca.

Ya viejo y cansado, Galileo se despidió de Ío, Europa, Ganimedes y Calisto, los satélites que había descrito para el quinto planeta del Sistema Solar. Bajo amenaza de tortura, abjuró, maldijo y detestó toda una vida de pensamiento. Es probable que, incluso a través del telescopio, el Papa en curso no hubiese entendido qué tenía frente a sí. Quizás hay personas que, incluso hoy, nunca han visto las lunas que tiene Júpiter.

Y en efecto. Nunca me había cuestionado cuántos satélites naturales girarían en torno suyo, ni mucho menos si la ciencia tuviera algunos más por encontrar conforme mejorasen las herramientas de observación astronómica. Lo que sí tenía claro era que, cuando Julián y yo nos quedábamos en silencio por las noches, en ocasiones me pedía que fuéramos a la sala. Teníamos un ventanal de piso a techo, frente al cual había instalado un telescopio sencillo, de observación casera. Me lo compró de cumpleaños alguna vez, porque no me podía bajar las estrellas, pero sí podría acercármelas a la mirada con esto, me dijo. Naturalmente, él lo usaba más que yo.

2. Europa

No recuerdo si era martes o miércoles. Pero sonó la alarma temprano y Julián se alistó para salir. Media hora más tarde, ya estaba de camino a la universidad para continuar con la investigación satelital. Se despidió de mí sonriendo y, antes de salir, musitó algo que no logré entender. Era todavía temprano, y los primeros rayitos tímidos del Sol se asomaban apenas sobre los hombros de los volcanes. Como había llovido toda la noche, el horizonte estaba despejado. Me quedé mirándolos un rato, desde el ventanal en la sala: cómo parecían dos personas acurrucadas debajo de una mata densa de bosque, casas, coches, gente sin espacio para vivir en la capital.

Sobre el cielo todavía oscuro, vi el brillo potente de una estrella. Me imaginé qué tan lejos podría estar y que, tal vez, ése podría ser tema de conversación cuando Julián regresara. Luego me puse a trabajar: tenía pendiente la edición de unas fotografías que me había pedido un optometrista de su espacio, con las que quería vestir sus redes sociales. Me metí tanto a eso, que olvidé por completo el desayuno. A eso del mediodía, me moría de hambre y tenía muy pocas ganas de pararme a preparar algo. Así que me puse a investigar qué astros se podrían ver sobre las montañas mexicanas, como hileras de dientes pálidos que se esfuerzan para hacerse camino entre el smog y el ruido.

Sirio, Betelgeuse y otros nombres impronunciables desfilaron en mi

búsqueda preliminar. Me parecía imposible que existieran cosas tan viejas en el cosmos, coexistiendo con seres que apenas viven 80 años. Luego me encontré que, hoy en día, los capitalinos en México no podemos ver todas las estrellas que originalmente desfilaban por la bóveda celeste: la contaminación lumínica las opaca desde hace al menos 2 décadas. La generación sin estrellas, nos llamaban en el portal de una revista de ciencia.

3. *Ganimedes*

Comí cualquier cosa que hubiera de recalentado. Me apuré, porque tenía una sesión de fotos programada para las 4 de la tarde, y tenía que llegar al menos media hora antes. Era hasta el sur, por lo que tendría que tomar Periférico. En esta ciudad no hay garantías. Mucho menos por allá, en Pedregal, donde generalmente no encuentras estacionamiento.

En poco tiempo estaba deslizándome a través del segundo piso. Los veranos son fríos y lluviosos en la Ciudad de México, por lo que una densa capa gris cerraba el cielo. Pensé qué tanto de eso sería smog, y qué tanto serían nubes cargadas de agua. En el horizonte no se veían los edificios ni las montañas: la neblina se lo había comido todo, como cuando a las impresoras se le les acaba la tinta.

Luego pensé en Julián. En su timidez. En la manera en la que, tal vez, le estaba exigiendo demasiado: como si alguien en la Ciudad de México se empeñara por ver las estrellas en la noche, con todo detalle, en medio de la cacofonía citadina, las luces impertinentes y la creciente mata de smog que nos inunda los pulmones. Las estrellas estarían ahí, pero no podría verlas jamás. Al menos, no a simple vista.

4. *Calisto*

Cada quién volvió a casa cuando pudo. Llegué casi arrastrándome, con el clásico dolor de cabeza que da el tráfico. Había diluviado todo el día, y el tráfico estuvo a vuelta de rueda desde las 6 de la tarde. Choques, gritos, volantazos desenfrenados. Ahora yo estaba en silencio, viendo cualquier cosa en redes sociales: la ciudad a veces te deja sin palabras.

Cuando Julián cruzó la puerta, me saludó con gusto y se sentó al lado mío en el sofá. Me dijo que, por la lluvia y los vientos, hoy sería una buena noche para ver el cielo nocturno despejado. Luego me dijo que nos durmiéramos un rato, para poder observar la bóveda celeste a medianoche.

—Justo hoy aparece la Luna del Ciervo —me dijo—: la luna llena de julio, que desfila a través de la noche en tonalidades ocre, o incluso rojizas, dependiendo de las condiciones atmosféricas.

Ya no hablamos de las estrellas visibles en la bóveda celeste.

No me pude dormir. No inmediatamente, al menos. Supongo que él venía más cansado que yo, porque cayó muerto a los 10 minutos. Después de varios días, me abrazó espontáneamente. Quise pensar que estaba dormido, porque estaba respirando suavemente, suavemente. No sé en qué momento mi mirada se fundió con la

línea del horizonte capitalino.

A eso de las 11:30 de la noche, sonó una alarma. Era el celular de Julián, avisándonos que ya era momento de ver el cielo. Nos despertamos a medias. Sin saber cómo, me arrastré hasta la sala. En medio del ventanal, como un ojo congestionado, quedó enmarcada la Luna de Ciervo: grande, roja, pesada. Tanto, que parecía que se podría desplomar sobre la capital en cualquier momento.

Julián preparó el telescopio. Limpió la lente, lo ajustó en la graduación necesaria para observar el satélite natural de la Tierra. El único que existe, musitó mientras se alistaba. Miró un par de veces a través del aparato y, cuando quedó satisfecho, sonrió: asómate, me invitó.

Al mirar a través del telescopio, me reí. No podía ver nada: un velo sutil, como un vaho lunar, nublaba el otro lado del telescopio.



Carolina Gómez Cea

Mujer lechuza

Susana Corcuera

La iglesia que hace siglos protegía a la hacienda amenaza con caérsele encima. De las gárgolas solo queda el dragón, las demás han sucumbido al tiempo; el altar que algún día estuvo decorado con hoja de oro es ahora una piedra carcomida por los animales y las escaleras guardan las huellas de generaciones, cantera hendida por pies devotos. En el atrio, donde se crían las víboras, un balde de madera se balancea sobre el pozo que nadie utiliza. Cuando el viento sopla, el chirriar de la cadena recuerda otras épocas.



Kevin Romero

En la penumbra, los ojos amarillos de una lechuza siguen a una mujer que sale de la iglesia. Está vestida de blanco y tiene un rosario en las manos. Titubea, da un paso, se arrepiente. Su vista recorre el espacio empolvado del atrio donde de niña inventaba juegos en días de lluvia.

Agazapada en una cornisa, la lechuza observa cada uno de sus movimientos. Cuando aparece la luna, su reflejo brilla en las garras afiladas. La mujer murmura algo y la lechuza alza el vuelo. Sus alas despiertan al aire, después la quietud llena de nuevo el espacio. La mujer baja los brazos, quizá es alivio, quizá decepción. En la torre, la gárgola quisiera estar viva para proteger a la niña que reía bajo los chorros de agua.

Inconsciente de sus deseos, la mujer de blanco amolda sus pasos a las huellas de sus ancestros. Un peldaño, otro, girar hacia la casa, perderse

en las ruinas. Cada paso es un esfuerzo, está cansada de luchar en un mundo que se derrumba. Suspira y el eco lastima a la gárgola, le gustaría cerrar los ojos para no ver el sufrimiento en la espalda encorvada, pero las piedras están condenadas a observar. La lechuza, en cambio, puede hacer pactos. Está escrito en los libros. Su aleteo alerta a la mujer, que se detiene antes de entrar en la casa. Deja caer el rosario en la cantera rota y levanta de nuevo los brazos. Esta vez, el gesto es un llamado. La lechuza desciende sobre ella y mujer y ave se confunden en un remolino de plumas, pelo y piel. La sangre escurre hasta la tierra moribunda.

La sombra de la iglesia protege a la hacienda del calor de mayo, desde su torre pueden verse sus campos recién sembrados. Cuando el sol empieza a bajar, los jornaleros regresan y antes de entrar al pueblo se detienen en el atrio para refrescarse con el agua del pozo. De vez en vez, una lechuza se atraviesa en su camino y recuerdan, como en un sueño, a una mujer vestida de blanco. Su sangre todavía riega la tierra, pero cuando aparece la luna, ella despliega las alas y se pregunta por qué tardó tanto en atreverse a volar.



Kevin Romero

Este cuento forma parte del libro de cuentos publicado en México como “El huésped silencioso... y otras historias”, y en España bajo el título “A machetazos”.

CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



Irina Tall, *Sin título.*



Irina Tall, *Sin título.*



Aníbal Camacho, *Sin título*. De la serie *De paso*.



Kashya Siqueiros, *Sin mañana*



Kashya Siqueiros, *Vivir Sin Miedo*.



Aníbal Camacho, *Sin título*.
De la serie *De paso*.



Aníbal Camacho, *Sin título*.
De la serie *De paso*.



Irina Tall, *Sin título*.



Aníbal Camacho, *Sin título*.
De la serie *De paso*.

Petricor y Geosmina

Natalia Cobo

En un lugar donde las voces no se escuchaban, donde el mal no caminaba y el bien no volaba. Existía Sui géneris, una especie de su propio género. La labor de Sui era hacer creaciones para habitar la Tierra. Sus superiores le ordenaban qué y con qué características. Y en un instante le solicitaron hacer algo diferente, algo magnífico que les diera el equilibrio que necesitaban.

Sui empezó a crear, agregó colores y luces, pero se dio cuenta que eran ingredientes comunes. Entonces decidió experimentar, pero mientras más lo hacía, más creía que era incapaz de hacerlo. Sentía desesperación porque no encontraba los ingredientes correctos y así pasaron horas que se convirtieron en años, años interminables en los que Sui se obsesionó.

Se dio cuenta que le quedaba poco tiempo y, por primera, vez sintió miedo de no lograr hacer algo tan único, que dudó de su capacidad. Así que se rindió y se preparó para partir. Fue en ese momento cuando la receta correcta se manifestó.

Todo estaba claro ahora. Era momento de comenzar. Como primer ingrediente con Petricor y Geosmina, Sui agregó la fertilidad de la lluvia. Con mucha delicadeza talló las curvas de las montañas y las colocó en la preparación. Después, en la ausencia de ruido, logró atrapar la suavidad del silencio de la nieve. Sin pensarlo más, agregó la sabiduría de las raíces y la fuerza e inmensidad del mar. Observó y colocó la unión y conexión de las estrellas. Y, como ingrediente final, agregó la belleza y sexualidad de las flores.

El centro de la Tierra comenzó a quebrarse haciendo grietas y movimiento. Naciendo de ahí una creación iridiscente, llamada Mujer.



Alicia Ramírez

Aquí, en la jacaranda

Mateo Mansilla-Moya

¿En qué momento inicia una narración? Al final, afirman algunos. El final, como punto de partida, resulta relevante porque solo desde ahí, donde ya se agotaron las palabras, y la luz es una sola que nos alcanza desde el pasado, puedo buscar sentido. Ese lugar, aquí, se sitúa debajo de una jacaranda donde Ale y yo solíamos reunirnos durante el verano para resguardarnos del sol y burlarnos de los chicos de la escuela que nada sabían sobre las flores o las mariposas en el cielo. Una mancha verde en medio de un terreno baldío sobre la que ahora revolotean moscas verdes que solo yo puedo ver.

Este punto desde el que parto, el inicio, siempre fue el final: aquí vi a Raúl por primera vez, mientras esperaba a Ale para contemplar la puesta del sol que en esa temporada descendía por un cielo rojizo hasta esconderse entre las plantas maquiladoras. Pantalones kaki, playera negra y un par de Vans desteñidos lo develaban como el sujeto más ordinario. Algo en la atmósfera, sin embargo, lo destacó del resto de las personas que había visto caminar por ahí. No estoy segura si era el lila de las jacarandas recién florecidas por la primavera que contrastaban con sus prendas, si algún resquicio dorado de sol se había colado entre los chinos castaños que el viento le mecía al caminar, si era el olor de la humedad en la tierra pintada de jacaranda o si era tan solo una fugaz sensibilidad la que me hizo sentar mi mirada en él. Lo que sea que haya sido, provocó que el chico que caminaba ahí, con la espalda erguida, el paso firme y la mirada concentrada en un horizonte desconocido, y yo, recostada boca bajo sobre el pasto y con el puño extendido sosteniendo flores secas, cruzáramos la mirada convirtiendo a ese microsegundo en una postal.

Los días siguientes me visitó recurrentemente la imagen de los ojos que me vieron perderme tontamente sobre un completo desconocido. ¿Cómo describirlos con precisión si los vi, aunque con el mayor detenimiento posible, por tan solo un instante, en movimiento, a una distancia que se acrecentaba? El recuerdo resplandece. Café oscuro o negro, su color. El mar, su profundidad. El sol que se escondía, su intensidad. Debí haberlo notado en ese instante, debajo del abrazador cielo sangre: era en la profundidad de esa mirada fugaz donde la noche nacía.

No me pareció extraño, sin embargo, que durante tanto tiempo, tan solo pudiera recordar sus ojos. La tez morena, el semblante atento, los chinos desacomodados, los pantalones kaki, el olor a sal... todo se había desvanecido. Tampoco Ale llegó, tampoco el sol se puso, tampoco se escondieron las mariposas. Hasta ahora me percató que, después de esa mirada, no hubo más. La más romántica y cursi me sentí por largas horas tras no abandonar ese pensamiento. Ahora me sé ridícula y el recuerdo me provoca un dolor que

asciende desde la garganta y que se asienta en la lengua seca, como con sabor a azufre.

Aún no tengo claro cómo supe su nombre, pero una voz varonil lo repite ensordecedoramente en mi cabeza, mientras pienso en la posibilidad de que mi mamá o Ale me estén buscando. Las imágenes se mezclan: mientras ellas pronuncian mi nombre con desesperación caminando por la primavera que brota, la voz viril resuena, en sus bocas, como llamándome amenazadoramente. Hay momentos en que reconozco una voz como la de Javi o la de Carlos, y entonces el recuerdo dibuja el rostro de mis compañeros de clase a Raúl, como si ellos hubieran estado ahí.

La luz que se alcanza a ver es la del recuerdo, que cada vez se vuelve menos nítido. Intento, a pesar de ello, desde este final, darle sentido a algo que nunca lo tuvo, mientras espero.

Este lugar, con olor a putrefacto, sobre el que ahora vuelan las moscas verdes, que logra camuflarse con las flores lila que se desprenden de la jacaranda de Ale y mía, y donde nadie me está buscando, desde el inicio, fue el fin.



Carolina Gómez Cea

La muerte y todas sus mujeres

Jerónimo Boullosa

I

“¿Quién ha andado con el mayor número de mujeres?” La respuesta a esa pregunta varía de gran manera. Unos hombres con pobre autocontrol te dirán que alguna estrella porno, otros más cultos contestarán que el conquistador del viejo mundo, Genhis Khan. Pero si llegas a hacer esa pregunta en este pueblucho perdido del contacto de Dios y la piedad de la sociedad, entre los altos montes y las largas praderas, recibirás una respuesta más sencilla: La muerte.

Todos en estas áridas tierras lo saben. Saben que la muerte es quién se queda con la corona de aquella pregunta y por mucho. Incluso las más chiquitas lo saben.

Ayla, quien marcha hacia la capilla en este mismo instante, siempre supo que su vida tendría este precoz, misterioso y, probablemente, doloroso final. No ha parado de contar los días para este cumpleaños suyo desde que su abuela le advirtió de su sentencia a los tres años.

Recuerda que estaba recogiendo tunas con su abuela el día que comenzó a ver su vida como un río que fluye cada vez con menos agua. Recuerda ver sangre roja brotar de la morena y arrugada mano de su abuela, mientras Ayla, de tres años, estaba hincada al lado de ella. Ayla recuerda el sentir de las pequeñas piedritas de la tierra enterrarse en sus rodillas tras su pequeño chal. Y si bien, el arrancar la tuna del nopal, era una actividad que disparaba una gama de varios dolores, el que puede recordar con más claridad es el de ver la cara de sufrimiento de su abuela. Los fuertes rayos de sol, abriendo espacio entre las arrugas de ese adolorido rostro, de esa vida —si es que se le puede llamar vida— de mártir.

La vieja y la joven recolectando tunas en el campo, mientras la vieja le demuestra el tortuoso modo de pescar la espinosa fruta y, a pesar de la sangre en las manos, jalar hasta arrancar.

—No me gusta el desierto abue... —le decía Ayla a su abuela.

—¿Por qué no mi hija? —preguntaba la vieja soltando una fruta a la canasta.

—Por los fantasmas que veo en el.

—Los fantasmas son puros cuentos —la calmaba la abuela—. El único fantasma que hay es el del hambre si no recolectamos estas tunas. Ahora es tu turno mi niña.

—Ya no quiero abue, me duele —se quejaba Ayla con lágrimas en sus ojos.

—Es el único modo de arrancar la fruta de este pueblo.

—Pero no me gusta este único modo.



Ivonne González

este mismo desierto.

Ayla voltea a su alrededor, ve las montañas rocosas, las grietas en el suelo, los cactus espinosos y el sol succionar toda humedad de la tierra como bebé a la leche del pecho materno, definitivamente no quiere eso.

—Tras amamantar a tu madre tres veces, los bastonazos de tu abuelo no eran nada mi hija... válgame, no eran nada.

Ayla ve las grietas entre los dedos morenos de su abuela llorar sangre hasta alimentar al piso. *Y dice que arrancar tunas no es nada*, piensa viendo las gotas rojas a los pies de su abuela. Sangre espesa, alimento de cactus espinoso y de tierra seca. Voltea a los ojos negros de su abuela, a esos ojos que han visto más de lo que hubieran deseado, y recordado más de lo que desearían olvidar, y pregunta:

—¿Y qué si no me quiero casar con un señor?

La abuela ve al frente, parece que su mirada capta uno de esos tantos reflejos que le duelen ver. Con un tembloroso y frágil brazo señala al horizonte. Ayla voltea hacia donde apunta aquel brazo moreno y ve dos montes dorados pintarse de color fugo con el sol de la tarde.

—¿Ves ahí?, entre esos dos montes...

—Sí —contestó la niña.

—Todas las mujeres que no encuentran hombre antes de los 16 años marchan hacia allá escoltadas por dos zopilotes.

—¿Y a dónde van?

—A casarse con la muerte.

Las campanadas de la iglesia anuncian que la noche caerá en menos

—Vamos niña, tienes que hacerlo, si no ¿qué hombre querrá esposarte?

—No puedo, duele mucho.

—Te “duele mucho” — dice la vieja a la niña—. Si te duele arrancar tunas, espérate a sacar un hijo para tu esposo.

—Los hijos no tienen espinas —replica la niña.

—No normalmente, pero los hijos salen de tu vagina... las tunas no.

—Suena horrible.

—Válgame, mi niña, y espérate a que tu hijo salga —continuaba la abuela sacando una tuna y aventándola al sesto—. Te va a chupar y morder los pechos hasta dejartelos secos como

de dos horas, Ayla nota su pintoresco pueblito parecer ser aplastado por la inmensidad y el salvajismo del desierto.

—¿Y qué pasa cuando se casan con la muerte?

—Solo los zopilotes lo saben mi niña —explica la abuela.

Ayla traga saliva al suponer que la muerte definitivamente no sería el esposo más cariñoso, sin queja alguna coloca las manos alrededor de la tuna, sintiendo pequeñas espinas penetrar su piel joven, su cara duele, pero la boca no se queja.

—Dilo conmigo —dice la abuela, viendo el coraje de su nieta—. Nosotras dolemos.

—Dolemos... —dice Ayla.

Arranca la fruta del nopal.

—Otra vez mi niña.

—Dolemos, dolemos, dolemos... ¡dolemos! —grita la niña hasta que el cielo se torna de un rojo como la misma sangre de su mano y la canasta de paja se llena de fruta jugosa.

Y así pasaron varios atardeceres color sangre, pero la abuela de Ayla, nunca logró ver la señorita en la que su nieta se convertiría; y ahorita, Ayla agradece que así fue, pues conforme el velo blanco escurre enfrente de su mirada en su cumpleaños número 16 y un vestido blanco le asfixia la piel, sabe lo decepcionada que su abuela, su mentora en volverse una buena mujer, estaría.

La sombra bajo la alta capilla le congela el alma. A su alrededor, miradas curiosas la ven tras la tela delgada sobre su cabeza, intentando descifrar cuál es la pobre desafortunada a la que le tocará el día de hoy. Y entonces Ayla ve a su madre llorando en una esquina y a su padre intentando consolarla. Ayla no sabe cómo, pero bien sabe que debajo del tupido bigote de su padre, ahorita mismo hay una mueca dolorosa. No la ve, pero sabe que bajo los vellos de su padre el dolor hace presencia ¿Será que a pesar de los intentos de guardarse el dolor, este se escapa por la mirada?

Pong, pong, pong, las campanadas bajan por la alta torre de la capilla y hacen temblar la tierra a sus pies, las puertas enormes de madera y hierro se abren y de ellas sale. Sale el párroco vestido de negro cual verdugo y, a sus costados, los zopilotes envueltos en oscuras túnicas como sombras, simulan a los hermanos de la muerte, cubriendo sus humanas caras con dos máscaras plateadas con picos de pájaro.

Su abuela estaría muy apenada de su destino. *Dolemos, dolemos, dolemos*, recuerda Ayla, viendo entre los pies de la panadera la mirada de una dulce niña de no más de dos años. La niña ve a Ayla con ojos curiosos y morbosos, como preguntando *¿qué tuviste que hacer para que te pasara esto?* Ayla le contestaría con sus pensamientos, pero la voz del párroco cubre la plaza.

—Hermanos, el día de hoy nos reunimos en esta bella plaza —dice moviendo los brazos eléctricamente— para consolidar el casamiento de Ayla Cruz con la muerte.

Se escuchan los sollozos de su madre en algún punto tras los hombros de Ayla, pero no puede voltear, pues los ojos negros del zopilote a la derecha del verdugo, esos ojos tras la máscara, la ven con una mirada que ha recibido pocas veces en su vida. Será que esa es la mirada por la que tanto esfuerzo en vano ha invertido, ¿la mirada de amor? Pero fijándose un poco mejor, esos ojos negros tras la plateada máscara del zopilote emiten otro tipo de energía, una energía ajena al amor, una energía más... animal.

El párroco sigue sermoneando eufóricamente, cuando Ayla finalmente decide que la mirada del zopilote transmite vacía lujuria. Pues, a pesar de no saber mucho de amor, sabe que la mirada tras la máscara del pajarraco está lejos de reseñblar al tierno y verdadero amor que Ayla creyó de niña.

El amor verdadero para Ayla, cual Santa Claus para un niño lejos de este desierto, fue simplemente una gran mentira que te crees de infante para sobrellevar el día a día de la vida misma. Recuerda el día que dejó de creer en ese amor verdadero, fue un día a sus nueve años. Estaba arrastrando al burro con su abuela hacia la recolecta de tunas de la temporada cuando, inocentemente, por esos pensamientos que se conciben en el silencio y llevan a una ansia, le pregunta a su abuela:

—¿Cómo hago que me amen los hombres?

—¿Amar? —rió la abuela —Amar es para cuentos lejos del desierto.

—Pero si me tengo que casar con un hombre me tiene que amar, ¿no?

La abuela suelta una pequeña carcajada.

—No se trata de amar —dice la abuela, nalgueando al burro para que este se apurase—. Aquí en el desierto solo se trata de cumplir con los deberes y los placeres.

—¿Deberes y placeres?

—Sí, así mantienes contento a tu hombre —explicaba la abuela—.

Haces los deberes que te tocan como cocinar, limpiar, cosechar y satisfaces los impulsos animales de tu esposo.

—¿Impulsos animales, cómo los del burro? —preguntó Ayla.

—Sí, como los del burro.

Ayla tragó saliva.

—Pero entonces, ¿cómo le hiciste para satisfacer los impulsos animales del abuelo?

—Nombre tu abuelo en noches de luz de luna llena sus impulsos animales eran peores que los del burro, eran como de toro...

—¿De toro? —se sorprendió Ayla— ¿De los que tienen todo y cuernos?

—Con todo y cuernos el cabrón —decía su abuela orgullosa—. Pero yo aprendí una forma de hacerle, un pequeño ejercicio, que me ganó flexibilidad y fuerza en la cama para domar al toro de tu abuelo como una tierna ovejita.

—Enséñame el ejercicio.

La abuela, la nieta y el burro se frenan en el desierto, la abuela se

queda viendo la tierra, dudosa de si enseñar semejante técnica a su nieta de nueve. Ve la tierra y alza la vista.

—Bueno, supongo que te ayudará a casarte —reflexionó la abuela.

Ambas se desviaron un poco del camino hacia donde dos mezquites descansaban uno al lado del otro, cuál amantes forzados en este salvaje desierto. La abuela le deja el burro a Ayla, mientras ella se adelanta y se coloca entre los dos mezquites.

—No sé si tengo la misma flexibilidad que tenía a los diecinueve, pero intentemos.

Y entonces, Ayla observó cómo su abuela, colocando sus manos sobre un mezquite y sus pies en el otro mezquite, hizo una posición con su cuerpo que si cualquier mortal hubiese visto a una señora de esa edad hacer semejante forma, hubiese gritado:

—AMÉN.

—AMÉN —contesta el pueblo.

Ayla voltea a su alrededor, claro que no está frente a esos dos mezquites, sino frente a la aplastante capilla y, en lugar de su chal, trae el vestido más blanco que jamás hubiese creído tener.

—Entonces nuestra celebración ha terminado —concluye el párroco—. Y sin más espera, dejemos a la mujer marchar con el esposo que jamás olvida... el esposo que jamás suelta... y el amante que más perdura —susurra el padre esas últimas palabras con cierto cinismo.

Unas personas del pueblo ya comienzan a reanudar su vida, a cuántas niñas de dieciséis años no han visto ya marchar hacia la muerte tras los montes. Incluso para algunos, el ritual ya se les había vuelto aburrido y, entre tanta agitación a su alrededor, Ayla escucha:

—Pues vámonos morra.

Más chaparro que ella, se trata de uno de los zopilotes.

—Vamos —llora Ayla agachándose para quitarse el tacón con el fin de hacer más amena su caminata entre los montes.

—¿Qué haces? —se escucha otra voz.

Ayla levanta la vista, es el otro zopilote, el de la mirada animal.

—Quitándome los tacones para...

—Quédatelos —ordena el zopilote con la mirada animal—. A la muerte le gustan altas.

El zopilote la aprieta del brazo y la levanta, dejando el tacón a medio poner. Ayla da los primeros pasos, voltea atrás, a las altas murallas de la capilla, el párroco hablando con un hombre en los escalones, el señor de la tienda de abarrotes reabriendo su local, el pueblo regresa a su vida normal, la vida normal que ella no volverá a ver y entonces, de la multitud movable, alguien la abraza fuertemente.

—Niñaáaaa —con los ojos rojos y temerosos, la expresión escurre de su madre, un moco cuelga de su nariz—. Niñaáaaa —llora la madre— por favor no te vayas niña.

Gente comienza a voltear de nuevo, pues los gritos de una madre desesperada son suficientes para llamar la atención de toda la plaza. Ayla ve encima del hombro de su madre a su padre estático con lágrimas dudosas sobre sus párpados, pero... “los hombres de verdad no lloran”, lo había escuchado decir.

Supuestamente un hombre duro su padre, pero en realidad es solo un hombre que retiene sus sentimientos como cacerola a presión y esas lágrimas, esas lágrimas bordeando sus ojos, advierten a todos que la cacerola está por explotar.

—No se pueden llevar a mi niña— llora la madre—. Ella se formó como una buena señorita, ella se formó como una buena esposa.

El párroco entonces ve a la señora creando la escena, interrumpe su conversación y comienza a bajar las escaleras enfurecido, mientras grita:

—Hey, señora, dejé ir a su hija.

—No puedo.

—La muerte no espera a nadie —dice el párroco llegando a la escena.

—Pues la muerte debe de aprender paciencia, entonces.

—Ya tiene dieciséis.

—Justamente, apenas es una niña. Tiene mucho que vivir— dice la madre abrazando a Ayla con tal fuerza que casi le adelanta su visita con la muerte—. Es mi culpa, la debí de haber parido con más amor...

Y entonces, en medio de la escena y la hesitación, Ayla siente a su madre deslizarle algo rugoso entre su vestido y su pecho. ¿Será un tipo de carta?

—Acomódate bien el vestido, vete lo más bonita, tal vez así te den otro chance— llora su madre al acomodarle su vestido, pero tras la capa de lágrimas de sus ojos, una valentía, que nunca había visto en su madre, le advierte “No hagas preguntas”.

—Juan Carlos —ordena el párroco al papá de Ayla— haz algo con tu mujer.

Y entonces, todas las miradas se clavan en Juan Carlos, este abre sus ojos con incomodidad, mientras camina a paso lento, intentando evitar las miradas hacia su pequeña familia. No quiere estar aquí y mucho menos ahora.

—Vámonos Lucía —le susurra el padre de Ayla a su madre—. Vámonos a casa.

Es raro ver los sentimientos escapar del rostro frío de su padre como fugas en un globo de agua. Simplemente no se ve natural.

—¿Así de mal controlas a tu hembra? —lo reta el párroco.

Y eso fue todo lo que tomó para que el papá de Ayla hiciera algo que jamás había hecho en su vida. El ruido del golpe se extiende cual balazo por toda la plaza, inculcando un silencio de sorpresa en todos. Pues, Juan Carlos, el decente hombre que jamás ha golpeado a su mujer, acaba de hacerlo y en la boda de su hija con la muerte. Miradas morbosas rodean la escena. El párroco sonríe satisfecho. La madre llora hincada a los pies de Juan Carlos, con su propio velo de pelo enmarañado escondiendo una marca roja palpitando en su cachete.

—Llévensela —dice el papá de Ayla, viendo el piso—.
¡LLÉVENSELA AHORA! — le grita a los zopilotes.

Y así es cómo nuestra heroína emprendió su viaje, viendo una lágrima brillante caer de los ojos de su padre a los pies de su madre. Era solo una pequeña lágrima, pero para ella toda una inundación en este seco desierto. Con cada paso, poco a poco, las fachadas de su pueblo desaparecieron, los gritos de su madre se callaron y el desierto sofocante comenzó a rodearlos, a envolverlos y así toda la vida para Ayla, a punto de llegar con la muerte, empezó a tener más importancia que nunca; todo con cada pequeño paso de los blancos tacones de una recién casada...

II

El tacón tiembla con cada irregularidad del desierto. Débil, delgado y cansado tacón, imita a la mujer que carga a su espalda. El intenso sol trata de aplastar a la casada contra el piso mientras que, cual rocío, perlas de sudor emergen de sus poros y pegan el vestido a su cuerpo como una asfixiante boa. Sus dos chaperones de negro, silenciosos; uno a la derecha y otro a la izquierda, se asegurarán de que ella llegó con el esposo que le dará un feliz para siempre —o al menos un “para siempre”—. A paso firme marchan las tres figuras entre cactus y piedras.

Ayla voltea rápidamente atrás para grabar un último recuerdo del lugar en el que creció, pero su pueblo ya ni siquiera se ve en la inmensidad del desierto. Regresa a su marcha, cuando lo inevitable pasa: el tacón truena y piedras rugosas rasgan vestido blanco y piel morena. Sangre comienza a emanar de su rodilla. Voltea arriba y ve a los dos zopilotes, negros como sus sombras, la ven indiferente, haciendole saber que no la ayudarán a levantarse. No es que alguien la haya ayudado a pararse alguna vez, pero era el día de su boda, su último día en la tierra y vaya... al menos esperaba que su despedida de vida no fuera tan tortuosa como su estancia.

Ella marcha, marcha sin miedo y el desierto se extiende. La sangre y el sudor de su cuerpo envenenan el vestido puro. Y bien sabe que sea cual sea el papel que su madre le metió al vestido, el sudor ya está dañando dicho objeto.

Las máscaras de los zopilotes reflejan el sol y ella sigue marchando. Cansada, sin energía y sin nada, camina a conocer a su esposo y voltea a los cielos, a los cielos donde supuestamente hay un Dios que observa tras alguna nube, pero aquí ni siquiera hay nubes... solo azul, sin embargo aún así siente que vale la pena preguntar, *¿qué hice para tener este final? ¿Qué necesita hacer alguien para sufrir tanto en su vida?*



Y la respuesta que obtiene, simplemente es: *que el alma de uno sea colocada en un cuerpo desdichado*. No sabe si eso se lo susurró Dios o simplemente ella misma lo pensó, pero esa respuesta se ajustaba bien a su historia de vida, pues desde que se enteró que necesitaba casarse para no morir, nuestra heroína no había hecho nada más que intentar y practicar para volverse la mejor esposa de todo el pueblo.

Desde que su abuela le advirtió del casamiento con la muerte, desde que veía a otras niñas antes de ella seguir a dos sombras hacia el desierto solo para no regresar. Ella se apresuró a volverse el mejor partido que este pueblo jamás había visto, dominando todas las partes de deberes como decía su abuela: aprendió a cocinar, ayudaba a limpiar su propia casa, aprendió a tejer para hacerle ropa a los hijos que pensaba tener y hasta practicó el truco que le enseñó su abuela con los dos mezquites para poder saciar impulsos animales. Pero el problema de Ayla iba mucho más allá del deber y placer, el problema de Ayla es que como su respuesta dice: su alma fue colocada en un cuerpo desdichado.

Los ojos de Ayla, bizcos a la mirada. Cuando alguien contaba un chiste y sentía las fuerzas de la felicidad emerger desde su estómago, ella apretaba con tal fuerza sus labios que a veces se ocasionaba sangre en ellos, pues si se le escapaba una pequeña carcajada y ésta llegase al oído ajeno, las personas jurarían haber escuchado a un cerdo atrabancándose con una zanahoria. Su pelo transmite menos brillo que sucio carbón; y su cuerpo... bueno, como el caballero que soy, no me atreveré a criticar su cuerpo de manera pública, pero lo que los hombres del pueblo decían al verla pasear por las calles era:

—Ahí va la calaquita —decía un hombre a su cuate fuera del bar del pueblo.

—Le falta un bolillo —contestaba el otro.

—Está hecha a la medida para la muerte —remataba el primero—.

Bien pinche flaca y alta.

—Y eso que no han escuchado a esa morra reír —decía un tercero.

Claro que ella escuchaba esos comentarios, y claro que ella sentía el desprecio de los hombres, pero con una falsa sordera como su amable sonrisa, ella recorría las calles, para finalmente regresar a su casa, encerrarse en su cuarto y, como su padre, explotar todos los sentimientos que suprimió, ante los ojos de la soledad. Pues cómo duele el llegar a tu casa, con el vestido todavía colocado y la música todavía bailando en tus oídos y saber que, sin importar cuántas recetas de cocina aprendieses, qué tanto barrieses la casa, cuántas tunas recogieses o cuántas veces practicases la posición con los mezquites que te recomendó tu abuela para mejorar en la cama, la razón por la que el amor simplemente no te llega, se encuentra cada vez que miras el espejo... y eso no se puede cambiar.

Sin embargo, sus pensamientos son interrumpidos por un desgarrante

olor, el inconfundible olor de la colonia de la muerte. Era ese mismo que traía la muerte cuando Ayla vio ese cadáver de vaca cubierto de moscas y tripas desparramadas sobre el desierto... era aquella fragancia, pero más potente, tan potente que erizaba los vellos dentro de la nariz y los congelaba en estado de alerta.

—Y ahí está, tu futuro esposo —dice un zopilote señalando al pequeño valle frente a ellos.

Y ahí es cuando Ayla lo ve, veinte metros delante de ellos, partiendo el amarillo desierto y el azul cielo, negro como la más profunda desesperanza y hambriento de darle la bienvenida a su nueva esposa, Ayla ve un pozo a la mitad de la nada. Un pozo que en lugar de hablar, escupe el olor de miles de mujeres recién casadas y penetra el piso hasta el corazón del paisaje. Un agujero... un vacío... un triste final.

—¿Ves a los perros salvajes? —le pregunta un zopilote a otro.

—¿Enserio quieres hacerlo con ella? —contesta el otro.

Pero fue hasta que Ayla escucha el ruido del cinturón desabrochar, cuando aleja la mirada de su profundo esposo y ve al zopilote, el de la mirada animal, desnudarse a su derecha. Su corazón comienza a latir con energía a pesar del cansancio. Adrenalina animal.

—Pues no tenemos mujer que nos satisfaga en la noche, ¿tú no quieres? —le contesta el zopilote a su compañero dejando caer pesadamente su cinturón.

El segundo zopilote analiza con la mirada a Ayla y finalmente resopla:

—Yo pasaré esta vez, oí que la que sigue no tiene mano pero al menos está bonita de cara —contesta—. Voy a la cima de ese monte y te aviso si veo señal de los perros salvajes.

—Dale.

—Te doy veinte minutos antes de que la aventemos —dice alejándose.

—¿Con ella?, solo dame cinco —ríe



Ivonne González

el zopilote animal pateando lejos su túnica.

Y mientras nuestra heroína veía ese segundo pico, ese segundo pico que tienen los hombres que nunca había visto Ayla en su vida... su corazón se congela.

—Ven pa' acá muchacha —ordena el zopilote animal.

Ella quiere alejarse, alejarse de ese hombre flácido y asqueroso. Ese hombre que cubre sus perversiones con la máscara de zopilote. Ayla voltea atrás de ella, nota que el compañero del otro está escalando el monte que tienen a la derecha, voltea enfrente y ve un amplio valle delante de ellos.

—Si no vienes, yo iré...

Y entonces, cuando Ayla ve a ese hombre desnudo correr hacia ella, con su pico bien parado como un cuerno dispuesto a penetrarla, ella comienza a correr hacia el valle de la muerte.

—Vuelve para acá pendeja.

Sus latidos aumentan, su cabeza duele, el sol la trata de aplastar. Dolor de pecho, dolor en el aire y recuerda bien cómo *dolemos, dolemos y dolemos*. Dolemos los pobres, dolemos los feos, dolemos las mujeres, dolemos los miserables, dolemos todos en este infierno en tierra. El olor se hace más fuerte conforme Ayla se acerca al pozo, ve al frente y ahí ve a su esposo. Su esposo se ve más reconfortante y más tranquilo que el pájaro de los dos picos persiguiéndola. Escucha los pasos del pájaro, voltea atrás y ve que el desnudo zopilote sostiene una larga daga que brilla con la luz del sol. Una larga daga con ganas de penetrarla. Sabe que es cuestión de segundos para que la pesque con sus garras y la devore entera. El olor a muerte, tapa sus vías respiratorias, el calor sofoca, la garganta le seca y el dolor perdura.

Un paso tras otro, el otro tacón quiebra pero esta vez no la derriba, sabe bien que no puede correr para siempre. Sabe bien que la única manera de no ser pescada por el zopilote es correr a la protección de su esposo. Entonces comienza a correr hacia él. Corre y corre, corre y corre nuestra heroína. El pozo agrandando su tamaño y obscuridad con cada paso de esos tacones rotos y, entonces la dama de blanco brinca a la negrura y...

Aire. Se siente aire frío en todos lados. Todo se torna negro.

—Perra —se escucha la voz del zopilote en algún lugar de arriba, en algún lugar lejano.

Y con un fuerte ruido, nuestra heroína recibe el eterno abrazo de su frío esposo...

III

Música, un lejano recuerdo en este eterno silencio. Luces neón, un fantasma del pasado en este infinito oscuro. Sonreír, lo que más se extraña. Un buen beso, un deseo más muerto que el diablo.

La fiesta era buena, los quince años de todas las niñas del pueblo se

celebraba como cada año en el primero de enero. Olor a carne azar, alcohol en cada boca inhalar y las vibraciones alegres de enormes bocinas retumbar en cada esquina de la plaza. Los puestos del mercado se habían limpiado, mesas se habían instalado y en una gran pista de baile todo este pequeño pueblo se había convertido.

Las quinceañeras, ansiosas esperaban en sus mejores vestidos, alineadas frente a la cantina, sonreían y posaban como si fuesen de exhibición. Los solteros, se acercaban, pensaban, analizaban y cuando un destello de belleza alcanzaba sus ojos, sus manos estiraban a la mujer deseada y a bailar se la llevaban. Pues a mover los cuerpos, mientras los corazones sigan brincando.

Esta era la fiesta más esperada de cada año (a pesar de que siempre se celebrase al principio de este) pues era el día en el que todas las niñas de quince años cubrían sus cuerpos de vestidos pomposos y de maquillaje toda imperfección. Era la noche de sus vidas, la noche de demostrar lo bonitas que son, el chance de verse “mujer” ante los ojos de un hombre antes de que su próximo cumpleaños cayese y la muerte sea la única que se las llevase. Pero para qué preocuparse de su cumpleaños. Mejor a bailar y celebrar, que la noche es larga, la música se vibra y el alcohol no se acaba.

Y ahí, alineada a las demás, en un vestido extenso y rojo como los pétalos de una rosa, se encuentra nuestra querida Ayla, luciéndose. Los nervios en su cara son inmunes al maquillaje, pues en esta fila de niñas de quince años ya solo se encuentran cuatro. Ansiosa, ve el vaso de plástico que tiene entre las manos y le da el último sorbo a la cuba tibia que se había servido. Entonces, siente a la niña de al lado enderezarse, ella se endereza también y se acomoda el pelo. Un soltero viene.

Este soltero es un hombre de treinta y seis cuya esposa había muerto hace dos años de una enfermedad terminal. Ayla le sonríe al hombre, pero este ignora su sonrisa. La mirada del hombre se dirige a la niña de la izquierda y la barre con los ojos, estos se detienen sobre los pechos de la niña. Ahí está el destello de belleza. El hombre sonríe con imaginación y, sin despegar la mirada de esos bustos, le estira la mano a la mujer y a la pista se la lleva.

Tres, ya solo quedan tres niñas en este aparador. Ayla siente un agujero en su corazón al ver a su madre, con esa mirada nerviosa tan de ella, observarla a la distancia... y el agujero solo se expande más al ver cómo su madre se acerca, conforme el soltero se aleja.

—Ayli, Ayli —dice su madre con esa mirada de ratón nervioso tan de ella—. Quitate la coleta.

—No mamá —dice Ayla sintiendo el rojo embarazoso calentando sus cachetes.

La mamá de “Ayli” pasa sus manos sobre el pelo de su hija. Ayla intenta quitarse, pero no quiere hacer ningún movimiento brusco que la

embarace más enfrente de todas estas personas...

—Venga, mi vida —dice la mamá finalmente tomando agarre de esa liga roja que sostiene su pelo negro—. La razón por la que ninguno de los solteros se ha acercado es por esas orejas asimétricas que tienes.

—Mamáááá —se queja Ayla, viendo como dos jóvenes ven la escena riendo.

—Una oreja tuya es vecina de tus ojos y la otra de la nariz, por eso si las cubrimos... —la madre finalmente jala la liga y una cascada pesada como el petróleo cubre el rostro completo de Ayla—. Listo, mucho mejor —dice la madre insegura de cómo se veía mejor su hija.

En ese instante, otro soltero se acerca y una madre ansiosa, siempre hace lo que los hijos menos desean. Y Ayla vaya que deseaba que la tierra la tragase, al ver como su madre extiende su mano y la enreda a la muñeca del soltero.

—Venga, sáca a mi niña a bailar —le dice la madre al soltero intentando sostener una sonrisa.

Roja como su vestido se encuentra Ayla. Roja como si su piel hubiese desaparecido y sus músculos al aire se hubiesen expuesto. Vergüenza le retuerce el estómago y enciende su cabeza mientras el atractivo soltero la analiza.

—Estoy buscando esposa, no a esa cosa —dice él irritado y saca a bailar a la niña a su izquierda.

Dos, son dos niñas sin bailar esta noche. La mirada de Ayla cae a sus pies, una lágrima comienza a escurrir por sus ojos. Y entonces la madre nota ese brillo transparente bajo el ojo de su hija haciendo difusas las luces neón.

—Ya no llores mi niña, se te correrá el rimel —dice la mamá limpiando la lágrima—. Vamos a arreglar esto.

Ayla ya se quiere ir de ahí. Quiere desaparecer, pero si se va, los chances de encontrar esposo se verían reducidos de importante manera.

—Ya sé —se anima la madre—. Te acuerdas de la tiara que nos dejó tu abuela... la que tenía las piedritas verdes ¿Sí?

Ayla no se atreve a ver a su madre, estaba furiosa con ella. Sigue mirando sus pies.

—Voy a buscarla ahorita mismo —escucha a su madre decir—. Eso te hará lucir como la reina que sé que eres.

La madre se pierde entre la multitud candente y Ayla, una vez más, se siente sola.

—No llores ya —se escucha una voz a su derecha—. Ese hombre es un idiota.

Ayla apenas se limpia sus lagrimas y voltea a su lado; de pelo negro, cachetona y un poquito rechona, es la otra soltera quien le habla. Ayla al ver esa voz piadosa en este pueblo egoísta, no puede evitar quebrar:

—Es qué estoy harta de que nadie me saque a bailar. Solo vengo a las fiestas y me quedo parada y veo, veo a los demás reír, a los demás girar... ¿por

qué nadie quiere girar conmigo?

—Bailar con otro no es tan padre como dicen —trata de animarla la otra quinceañera quedada.

—¿A ti, ya te sacaron a bailar? —pregunta Ayla.

—Al principio —contesta la otra.

—¿Y qué haces aquí?

—No le gustó nuestro baile.

—Pero al menos tus malos pasos de baile no se ven cuando estás parada. Yo no importa que esté parada, acostada o sentada siempre voy a tener esta cara... ni siquiera existe tanto maquillaje en el mundo para cubrirme entera.

—Te equivocas —dice la otra niña agarrando a Ayla de la mano.

Y entonces Ayla lo siente, la mano de la otra no se siente de carne y sangre palpantes, sino de plástico crudo y frío como de maniquí. La niña no tiene mano derecha.

—Bailé con él y de tantas vueltas que me dio, me desatormilló mi mano de plástico.

—Y no se dio cuenta de que tu mano no se siente como...

—¿Cómo una mano normal? No, andaba muy pedo el cabrón —ríe ella—. Vaya susto que se metió cuando se quedó con mi mano.

Por primera vez en la noche, Ayla sonrío genuinamente y no para lucirse ante los ojos de los solteros.

—¿Puedo saber cómo perdiste tu mano? —finalmente pregunta Ayla.

—Un pavo —dice la otra.

—¿Y qué tan grande era el pavo? —pregunta Ayla sorprendida.

—No —ríe la otra—. Soy la hija del carnicero, estaba cortando un pavo y en la pendeja... me llevé algo más que el cuello del pájaro.

Ambas se quedan en silencio unos instantes, hasta que Ayla solo dice:

—Tengo miedo... de casarme con la muerte.

—Yo igual...

—¿Cuánto tiempo tienes... antes de tu cumpleaños?

—Cuatro meses y seis días.

—¿También eres de abril? —dice Ayla sorprendida.

—Sí, ¿tú de qué día eres?

—Tengo dos días menos que tú —explica Ayla—. Mi cumpleaños es el 4 de Abril.

—Pues ojalá no te vea con el esposo de todas...

—Pues ojalá no pero, ¿qué podemos hacer?

Ambas niñas se quedan paradas en una esquina, viendo como el resto de las personas bailan y bailan en pareja. Y Ayla, sin percatarse, enreda su mano en la prótesis, pues aquella mano de plástico, es lo único que la conforta de sus penas. Esa hija del carnicero, la única que la entiende.

—Es una bonita noche, ¿no? —dice la hija del carnicero.

Ayla, entonces deja de ver a la gente bailar y voltea arriba, las

estrellas se extienden en la obscuridad como una batalla de luciérnagas por todo el extenso cielo, brillan allá arriba, y le guiñan a las dos quedadas.

Ese sí que era un bonito recuerdo, pues hoy, la noche solamente se ve a través de un círculo que penetra esta obscura negrura...

IV

Llenas de posibilidades brillan las estrellas, pero, por alguna extraña razón, solo en ese pequeño círculo, ese círculo allá arriba. Un círculo que... "¿Por qué las estrellas no invaden toda la amplitud del cielo como en las otras noches? ¿Por qué solo se ven a través de ese pequeño círculo que...?" Y entonces, nuestra heroína recuerda. Recuerda la respiración del hombre desnudo con máscara, recuerda los llantos de su madre y recuerda caer... caer profundamente dentro de su esposo... dentro del pozo... dentro de la muerte. *Cierto*, recuerda ella. *Cuatro meses con cuatro días pasarón y a ningún hombre conquisté.*

Las estrellas brillan a través del círculo del pozo...¿Pero entonces por qué sigo viendo las estrellas si a la muerte yo me aventé?

—¿Acaso soy tan fea que hasta la muerte me rechaza?

Ayla se da la vuelta sobre sí misma, la superficie sobre la que se encuentra se siente inestable, se soba su adolorida cabeza con un brazo desalmadamente frío... cuando de grito se percata que ese no era su propio brazo, sino el brazo de otra mujer de vestido blanco. El olor pútrido regresa con más potencia. Sobresaltada se avienta para atrás, pero sus piernas se atorán en el espacio entre dos cuerpos desconocidos que... *oh Dios, oh Dios, oh Dios, OH DIOS.*

Cayó al pozo... al pozo donde todas las damas de la muerte yacen... y la única razón por la que no tocó fondo, fue por la cantidad de cadáveres apilados que la sostuvieron.

Decenas y decenas de vestidos blancos arrojando cuerpos fríos bajo ella; decenas de velos blancos cubriendo miradas sin vida; decenas de niñas feas o mal afortunadas se apilan en este apretado hoyo de no más de un metro y medio de grosor. Más brazos de los que un matemático pueda contar, más piernas de las que un ciempiés puede desear. Intenta pararse para no pisar a



Ivonne González

las demás esposas, intenta moverse de ellas, pero son demasiadas y los espacios entre los cuerpos le dificultan la motricidad. Se pega a una de las orillas del pozo y respira con fuerza, respira intentando calmarse. Debe de ser una pesadilla pero no... no... aquí está ella entre todas las esposas de la muerte pero ella no pudo decirle “te acepto” para siempre.

—Ayudaaaaaa —grita Ayla viendo arriba— Alguien, ayuda.

Pero, si sus gritos agotados siquiera llegan a la superficie del pozo, menos serán escuchados en este desolado valle, salvo por la jauría de perros salvajes. Solo la escuchan oídos de mujeres que ya dejaron de escuchar. Sabe que gritar solo gastaría más sus energías. Ve alrededor y se percata que esto es real, esta no es una especie de sueño o de muerte. Este es el mismo limbo, peor que el decidido infierno y mucho más apretado también.

Nota cómo varios de los cuerpos de las mujeres, tienen heridas abiertas y secas en sus cuellos o sus pechos tal como si los zopilotes las hubiesen dejado ya en bandeja de plata para la muerte antes de aventarlas acá. Y entonces recuerda la daga brillante del sol que el zopilote desnudo empuñaba.

Babosa, babosa se siente entonces su mano en contra de la fría piedra y resbalosa, pero no le llama mucho la atención, hasta que algo se desliza bajo de ella y entonces, ve que lo babosa y fría no le pertenecían a la piedra sino a la indiscutible sombra de una serpiente deslizando bajo sus dedos.

Ayla siente un salto en el corazón, guarda su respiración e intenta no moverse al ver la reptiliana sombra desaparecer entre los cuerpos...

—Ah, conque ahí estabas preciosa —escucha Ayla la voz de ella.

Y entonces Ayla la ve, a menos de dos metros, sentada del lado contrario del pozo. A pesar de su pelo largo y lacio, y la luz lunar que le regala un aspecto alienesco a su piel, los ojos, su boca y su esquelética figura son simplemente de otra humana, una humana de bastante finas facciones. Ayla, confundida, lo único que le dice a la otra esposa de la muerte es:

—Hay una serpiente yendo hacia ti.

Pero la otra mujer hace caso omiso mientras la serpiente se escurre por su cuerpo lentamente hasta finalmente reposar sobre sus hombros. Un vestido blanco la cubre.

—Lo sé, ha sido de mis pocas compañeras en estos fríos días —dice la otra esposa de la muerte.

—¿Tus pocas compañeras? ¿Hay más mujeres vivas aquí adentro? —se sorprende Ayla.

—Martha —grita la mujer de la serpiente—. Ven a saludar.

Y en ese entonces se ve cierto movimiento entre los cuerpos e incorporándose de un espacio entre ellos, sale la mujer de la media cara; la mitad de su rostro carne morena, la segunda mitad músculo podrido. El corazón de Ayla se aplasta al ver la escena, pues en ciertos ángulos donde la luna azulada besa, Ayla ve ciertos bichitos recorrer la cara de esa mujer. Tal y como si la piel de esta Martha se estuviese descomponiendo.

—No sé si nosotras contamos como mujeres vivas —replica Martha con una sonrisa que quebraba en su piel roída.

—Pues me están hablando, por lo que supongo que están vivas —dice Ayla evitando contacto visual con aquel único ojo que le queda a Martha.

Lucero, con la serpiente lamiendo su oído, suelta una lamentable sonrisa.

—¿Cuántos días llevan aquí? —pregunta Ayla.

—No sé —dice Lucero, acariciando la serpiente—. Los días aquí pasan de otra manera.

—Son más rápidos de los que se sienten —dice Martha señalando su rostro.

Ayla ve el rostro podrido de Martha y la mirada desesperanzada de Lucero...

—¿Han intentado salir de aquí?

—Nadie sale del desierto —dice Martha.

—Ni se divorcia de la muerte —concluye Lucero.

Ayla intenta pararse pero su pie se atora entre el brazo y el pecho de otro cuerpo blanco.

—Tenemos que hacer algo, tenemos que regresar —urge nuestra heroína.

—No hay agarre en este agujero... —contesta Martha viendo cómo Ayla intenta escalar.

Ayla sabe que Martha tiene razón, baja la mirada del cielo allá arriba.

—Además para qué quieres regresar a esa tortuosa vida —agrega Lucero—. Aquí todo es más calmado.

—¿Por qué acabaron ustedes aquí? —pregunta Ayla, colocando su espalda en la fría piedra y sentándose.

—Le ponía mucha sal a la sopa —explica Lucero—. La cocina nunca fue mi fuerte

—Una gran marca roja cubría la mitad de mi rostro —dice Martha.

Y entonces el recuerdo de una niña le viene a la cabeza a Ayla, el de una niña del pueblo caminando siempre sola por las calles, una niña con detalles en el rostro que impresionaban a la pequeña Ayla. Recuerda gente señalar a esa niña y decir:

—Doble cara —susurra Ayla—. Así te llamaban en el pueblo.

—Así es... doble cara —ríe Martha—. Hace tiempo no escuchaba ese nombre.

Ayla sabe que es tiempo de abrir su corazón y comienza:

—Y yo estoy aquí porque era muy...

—Fea —la interrumpe Lucero.

—¿Cómo sabes qué iba a decir eso?

—Pues se te ve —dice Lucero—. En este mundo parece que unas

nacen con suerte y otras para la muerte.

—¿Con suerte o belleza? —susurra Ayla.

—Pues en estos días, ¿no es lo mismo? —le pregunta Martha a Ayla.

Ayla se queda callada un rato y recuerda las miradas de desprecio que recibía a pesar de sus grandes esfuerzos. Había aprendido de temas que le chocaban platicar tales como los diversos tipos de alcoholes y de escopetas y todo para que siquiera le dieran la chance de platicarlos.

—Sí, sé que soy fea —dice viendo su reflejo en el colgijue del cadáver más cercano a ella—. Sin embargo, sé que podría ser cariñosa esposa, podría ser buena madre y buena amante... si me dieran la oportunidad.

—Pues aquí ya no hay oportunidades mi reina —dice Lucero—. Ahora solo nos queda esperar.

—¿Esperar a qué?

—Al regresó de nuestro esposo...

—¿Tarda mucho en regresar? —pregunta Ayla.

—Normalmente, pero hay veces que nos sorprende —dice Martha.

Ayla se sienta y voltea arriba, de cierta forma se le hace cómodo, ¿saben? Toda su vida esperó. Esperó a que la sacaran a bailar... esperó a encontrar un esposo... ¿Será que esperando era la única manera de vivir la vida? Pues ahora en este agujero sigue esperando. Esperando a que su energía se agote, a que su cuerpo se seque, a que organismos se alimenten de su cadáver... esperar a que llegue la muerte.

Y es cuando esperas, una hora, dos horas o tal vez tres, que los recuerdos del pasado te llegan a entretener. Se acuerda de su madre, bella señora con cierta elegancia, una mujer que como todas aquí, no vivió lo que de verdad quería vivir. La única vez que vio a su madre hacer algo por su propia voluntad fue segundos antes de que emprendiera su marcha, al meterle un papel al vestido entre tanto revuelto y tantas lágrimas. Ese papel, todavía lo siente pegado entre su pecho y vestido. Suponiendo que no hay nada mejor que hacer, sacó lo que pensó que era un papel y para su sorpresa no es una carta pidiéndole a la muerte que sea generosa con su hija, sino una fotografía para Ayla misma.

Ayla bien lo sabe pues es una fotografía de la celebración de las quinceañeras. Ilustrada en ella, se ven las luces neón, su vestido rojo y pomposo, el azul cielo y ella acompañada de la hija del carnicero con su mano de plástico. En el rostro de ambas, genuinas sonrisas en la pista de baile. A pesar del fracaso de esa noche, dos sonrisas alumbraban la desesperanza. Y sus manos (o al menos las de carne) sacaban el dedo grosero al camarógrafo. Recuerda perfecto ese momento “¿Cómo van las quedadas?” se burló él y la carnicera le contestó con tan brillante sonrisa y con tan valiente dedo a la cámara... y Ayla, con cierta admiración, le siguió el gesto.

Un sencillo y vulgar gesto, no digno de una buena señorita, pero al mismo tiempo un gesto que se sentía tan bien. Un gesto que le transmitía cierta

liberación. Y en esta tragedia, en este sistema, un gesto que le saciaba el dolor.

—Para qué bailar con alguien, si tu solita puedes escuchar la música —se dice Ayla con una sonrisa.

—¿Dijiste algo? —pregunta la esposa de la serpiente.

—Es una frase —explica Ayla, recordando el primero de enero. Recuerda la luz neón, y estar agarrada de la mano de plástico—. Me la dijo la otra quinceañera quedada. Le pregunté qué podíamos hacer y ella me respondió eso. Bailamos ella y yo toda la noche—dice Ayla, pasándole la foto a Lucero.

—Una mujer muy sabia —dice la mujer de la media cara—. Lástima que este pueblo solo asfixia al alma libre.

—Aquí acaban todas... —dice Lucero.

—Sí, aquí acabamos todas —dice Ayla y para cuando voltea hacía arriba, ve el cielo aclararse con un sol arrasador que atenúa los fuegos de las estrellas. Que atenúa las esperanzas de tan pequeñas estrellas —Aunque estaría padre que no fuese así. Ella llega aquí pronto de hecho. Creo que su cumpleaños es hoy.

—Pues aquí la veremos —dice Martha.

“Pues ojalá no te vea con el esposo de todas” le había dicho la hija del carnicero a Ayla. Triste tragedia sería el ver esos ojos energéticos de ella fundirse y su cuerpo descomponerse. Y con los años en el paso de este veloz tiempo, que el único recuerdo de la hija del carnicero en esta tierra fuese una mano de plástico desgastada y despintada por el calor del desierto. Ayla no puede dejarlo.

Se levanta de golpe y comienza a analizar el pozo, *definitivamente no hay agarre pero...*

—¿Qué haces niña? —dice Lucero.

Ayla la ignora... *¿Pero será que puedo? Sería una ridícula idea, pero puede servir de algo.* Podría finalmente dar frutos tan duro entrenamiento.

—¿Qué haces niña? —repite Martha.

—Voy a salvarla de su boda —explica Ayla—. Le prometí que ella no acabaría aquí conmigo.

—Nadie se salva del desierto —dice Martha.

—Ni se divorcia de la muerte —completa Lucero.

—Pero debo de hacer algo —dice Ayla, analizando el grosor del pozo. *Menos de dos metros*—. Toda mi vida esperé a ser salvada, creo que ya es tiempo de intentar algo más.

—¿Cómo te saldrás de este pozo en primer lugar? —la cuestiona Martha.

Viendo el cielo tornarse claro, el diámetro del agujero en el que trataron de enterrarla, recuerda las voces de los cientos de hombres burlarse “es *demasiado alta y delgada*”. Ve una tuna llena de sangre, ve la imagen de dos mezquites conectando tierra y cielo. Y luego ve una sonrisa, una sonrisa de pocos dientes y que, como estrella fugaz, rara vez se pintaba, se trataba de la sonrisa de su abuela.

—En la cama hay dos cosas que una muestra para saciar el hambre animal— decía su abuela—. Fuerza y flexibilidad.

Ayla recuerda voltear a un lado y ver al burro; el cuál, casi tan interesado como ella en la conversación, agradecía estar bajo la sombra de estos dos mezquites.

—No sé si tengo la misma flexibilidad que tenía a los diecinueve pero vamos a intentarlo —le decía la abuela arremangándose su chal.

Las manos morenas, arrugadas y venosas de la abuela se colocan sobre el tronco del árbol camuflándose con la rugosa corteza de este. La abuela, sin separar las manos como si fuese una con el tronco, comienza a mandar sus pies hacia atrás en pequeños pasos. Lentamente, manda un pie descalzo con uña amarillenta, tras el otro, lentamente hasta conectar con el otro mezquite.

—Y aquí —le dice la abuela a Ayla—. Se viene lo interesante.

Entonces la abuela manda un pie moreno sobre el tronco del mezquite, las respiraciones de la anciana comienzan a escucharse más fuertes, la abuela manda un pie más.

—Dolemos, dolemos, dolemos —susurraba la respiración de su abuela.

Ayla se queda con los ojos cuadrados viendo como los pies de la viejita comienzan a escalar cada vez más el tronco, y su cuerpo, suspendido en el aire, se vuelve una rama que conecta a estos dos mezquites en el aire. Los brazos temblantes de la abuela demuestran presión, en su mirada, deja de ser de mártir, deja de querer olvidar y su mirada se transforma en la de una guerrera. La anciana entonces manda una mano arriba del tronco de enfrente y un pie arriba del tronco de atrás, elevando su cuerpo a casi dos metros del suelo. La piel morena de la abuela es corteza, sus arrugas son raíces y su corazón, el fruto del árbol, y su nieta de nueve años, cubierta por su sombra, ve a su abuela hacia arriba con ojos de admiración. Dolemos, dolemos, dolemos.

Y ahora, al voltear hacia arriba de este pozo, la sombra de su abuela, en algún lugar del amanecer que se luce allá arriba, todavía la cubre. Morado, morado es el cielo de este amanecer.

—Mi abuela —les explica Ayla a sus compañeras de tumba—. Mi abuela me enseñó un truco para mejorar tu fuerza y flexibilidad para controlar los impulsos animales. Practicaba mucho el truco, pues buena amante quería ser, pero supongo que deberé darle otro uso ahora.

Entonces un aullido, un aullido oscuro y siniestro se expande por el valle y se mete al agujero congelando todavía más la sangre de las muertas. La serpiente de Lucero desliza por su cuerpo hasta volver a mezclarse entre los cadáveres, mientras más fríos aullidos le copian al primero. Ayla ve los rostros de sus amigas, terror en su estado puro las enmascara.

—Ya viene —dice Lucero—. Está por llegar.

—Se escucha enojado esta mañana —conuerda Martha.

—Es solo una jauría de perros —las intenta calmar Ayla.

Lucero con ojos como platos, niega con la cabeza.

—No, es nuestro esposo.

Ayla siente su corazón latir con fuerza, su tiempo está por acabarse, más aullidos se expanden por el valle de la muerte y se cuelan al pozo en el que se encuentran.

—Vengan conmigo —urge Ayla.

—Pero nosotras no podemos —dice Leslie asustada.

—Es muy tarde ¿no lo ves? —dice Martha—. La tierra ya es parte de nosotras.

—¿Qué dices? Venga ya —le grita a Leslie jalandola de la mano.

Pero Martha se la quita.

—Tú vete. Vete que el tiempo se te escurre también.

Y entonces nuestra heroína se acuesta boca abajo, extiende sus pies y sus brazos hasta conectar la circunferencia del pozo por la mitad. Sus dedos tocan la fría piedra de un extremo del círculo y sus pies descalzos la del otro. Cierra los ojos y recuerda: dolemos, dolemos, dolemos.

Coloca un pie tras el otro y hace lo mismo con sus manos. Ayla comienza a empujar el pozo, a empujar el pozo como si quisiese partir la tierra en dos. Un frío aullido se escucha más cercano, lo ignora. Coloca el otro pie tras ese y siente cualquier superficie separarse de su cuerpo salvo por sus pies y sus manos, el ya conocido hervir de la sangre la llena. La electricidad recorre cada músculo. Su corazón pompea con coraje cada que intenta esto. Las piedras son más resbaladizas que la corteza de los mezquites y, en lugar de subir dos metros del mezquite, tendrá que escalar mínimo trece si quiere salir del vientre de su esposo.

La imagen del campo de tunas se luce ante sus ojos, recuerda ver a su abuela, se trata de una de las últimas conversaciones que tuvo con ella. Y bien lo sabe porque puede ver el blanco de las cataratas cubrir su mirada como velo de novia.

—Abue...

—¿Sí, mi reina?

Un pie sube tras otro, siente su cuerpo tensarse, abre los ojos. Ve los cadáveres abajo. Una mano tras otra.

—¿Por qué sigues aquí en el campo? ¿Por qué sigues doliendo si ya estás muy mayorcita y el abuelo ya brinca en las nubes del cielo?

—Creo que simplemente me acostumbré a doler.

—¿Y te arrepientes?

Silencio. Recuerda que la abuela se queda viendo a la distancia por un instante, entonces con su delgado brazo señala a la distancia. Piedras de pozo, se clavan en su mano, pero no quita su atención de la conversación:

—¿Ves esos dos mezquites en los que te enseñé el ejercicio de fuerza?

—Sí.

—¿Sabes cómo nacieron esos dos, aquí en medio del desierto?

Siente su cuerpo doler, rogar que pare de someterlo a semejante tensión. Su cuerpo en contra de ambos lados del pozo desea ceder y caer, pero ella tiene que seguir, debe de pensar en otra cosa, ya está a cinco metros de altura. Tantas veces practicó esto con los dos mezquites. No puede caer ahora.

—*¿Cómo crecieron esos mezquites?*

—*Su semilla se enterró profundo en esta tierra. Y en esta tierra, casi ni agua se le dio, solo maltrato les dejó, y a calor y a presión se forjó la semilla, a tal presión que la semilla quebró...*

Ve abajo, ve en los rostros de la esposa de la serpiente y la de la media cara, la esperanza de una niña hacia un futuro lleno de amor. “Lógralo por nosotras”. Los poros de la piel de Ayla comienzan a exhalar sudor. Su cuerpo completo tiembla, desde sus pies empujando a sus manos impulsando, todo para causar suficiente tensión para levantarla del suelo. Pasa una mano arriba de la otra, sus palmas sudorosas comienzan a resbalar.

—*Pero lo que nadie sabe es que de esa quebradura, de ese dolor, una pequeña raíz brotó.*

Su mano, a pesar del sudor, se levanta de nuevo. Aullidos se escuchan de nuevo, están más cerca, pero ya está a diez metros del fondo del pozo. Diez metros, en los que tal vez no tenga la misma suerte de levantarse de ellos.

—*Y esa pequeña raíz, comienza a empujar su camino por la tierra con dolor. Y le duele, duele, y duele el expandirse, duele el vertiginoso crecimiento del árbol, pero va endureciendo, se va haciendo más fuerte, va empujando la tierra, abriendo su camino lentamente con la poca agua. Y hasta en este lugar sin oportunidad alguna...*

Recuerda la canasta de tunas rellenarse miles de veces, millones de espinas enterradas en el tortuoso proceso, recuerda el



Ivonne González

barrer su casa día tras noches y recuerda el escalar, cuando el sol estaba por meterse, esos dos mezquites de la forma en la que su abuela le enseñó.

—...*florece. Y nadie creyó que de esa pequeña semilla, pudiese florecer a un árbol fuerte y grande.*

Recuerda como la insultaban en la calle, como la miraban con desagrado. Voltea arriba, su cuerpo tiembla por completo, la luz de la superficie comienza a pintar su piel morena, alumbrando sudor y lágrimas. Solo un poco para estar envuelta en ella. Su espalda se siente como si se fuese a partir en dos... sus manos están por resbalarse.

—*Duele, duele y duele el árbol, pero siempre crece, crece y crece... sus raíces se expanden y se aferran a la tierra en la que enterrarla intentaron.*

Pero una mano tras otra se debe de mover, un pie tras otro... duele, duele y duele.

—*Creecemos, crecemos, crecemos.*

—*Y entonces, cuando nadie lo espera, en contra de toda creencia, el árbol se asoma a la superficie. Y proporciona sombra y alivio para otros... cuando esta tierra parece el infierno.*

Y entonces, de aquel profundo agujero en el que la enterraron cual semilla, emergen dos brazos ensangrentados y abrazan el borde del pozo. Sangre espesa alimentando tierra blanca, pero más blanco el vestido de la mujer que emerge de esa negrura total. Ayla, se levanta a sí misma y se tira al lado del borde del pozo. Su respiración es agitada. Su sudor y la sangre pegan el vestido y la tierra. Sol besa su piel y aire ansían sus pulmones. Está agotada y sus brazos eléctricos se sienten todavía.

Se levanta apoyándose del borde del pozo, debe de ayudar a sus amigas a salir de ahí dentro, se asoma para decirles pero... *Claro*, se dice a sí misma viendo que al fondo del pozo, solamente ve un montón de carne podrida cubierta en vestidos blancos, *solo cuerpos*. El olor apestoso ha regresado, moscas sobrevolando se hacen notar. “*Logralo por nosotras*”, le habían dicho ellas.

Entonces los escucha, aquellos ladridos, aquellos aullidos, apenas voltea al frente y ahí lo ve. Lo ve envuelto en una nube de polvo acercarse hacia ella a una velocidad vertiginosa por su valle. Otro golpe de adrenalina la llena, mientras Ayla gira su cuerpo en dirección hacia el pueblo y comienza a correr, a correr y a correr de esas decenas de pies y de esas centenas de colmillos. Su esposo está por alcanzarla, el final de todo cuento... el calor del desierto ni siquiera se siente comparado a la fría presencia de él. Ve sus sombras en el piso brincando para atraparla, brincando para arrancar la carne bajo ese vestido blanco, y entonces, ve su sombra enredarse alrededor de ella y siente la primera mordida en su talón.

—No, no, no —llora Ayla tropezando.

Voltea atrás y la ve enfrente de ella, la ve al lado de ella, la ve sobre de ella... la ha rodeado. Ella intenta empujarla pero siente sus rasguños, siente sus cientos de cabezas de perro salvaje... ve esos ojos rojos penetrar su piel, rojo

sangre envenena el blanco vestido y alimenta tierra seca. Cielo azul se cubre de la gran sombra del final.

La muerte encimandose sobre ella, rodeándola con sus cientos de garras, con sus cabezas peludas. Ella cubre su cabeza y su cuello. No quiere que la muerte se la lleve. Siente miedo... siente miedo hasta que una de las cabezas de la muerte... la muerde.

Siente las mordidas de los perros, pero estas pronto dejan de doler, se sienten como las espinas que tanto tiempo cargo. Siente las garras pero estas también dejan de doler, se sienten como las astillas de la escoba con la que tanto barrio. Siente el aliento a muerte entrar a su nariz, pero este no la molesta tanto como el de los baños de la cantina que un día limpió. Escucha los ladridos, pero estos no son nada comparado a los insultos que recibía al pasearse por la calle.

Abre los ojos y ahí, tras de ella ve una piedra grande, una piedra grande reposando a la mitad de este torbellino de mordidas en el que la muerte la ha atrapado, entre el que la muerte no quiere dejarla escapar. En este remolino de polvo y mordidas llega a notar por un instante su delgada y alta presencia, viéndola con una mirada tan fría que vuelve del desierto una tundra. Pero a la niña ya no le duele, ya no es nada. La niña del desierto hacia la piedra se arrastra, por su abuela. Tiene que alcanzar la piedra, por la carnicera. Chance si la agarra puede escaparse de su esposo flaco y alto... de su esposo con cientos de cabezas esparcidas por todo el mundo. Tal vez si alcanza la piedra, puede demostrar que sí se puede, hacerlo por ellas. Su palma finalmente siente la piedra, enreda su mano a ella y entonces...

CALMA

*Niña de sangre hirviendo, criada por el desierto y besada por el nopal
Duele la niña en tan espinosa vida, creciendo en el auténtico erebo.
Sin embargo ahí está estirándose al cielo y creciendo con ganas de tocar los
sueños. Buscando el amor en este infierno. Ay mi niña, tu piel morena cuál
bronce se forja.
Y en las más frías de las noches y en las más calurosas de las mañanas,
la niña morena perdurará...*

V

Pong, pong, pong. Este día la carnicería estuvo cerrada. No hubo pollo, pavo y mucho menos un pedazo de ternera a la hora de la comida, pues todos estos seres de caras lúgubres dirigiéndose a la capilla, bien lo saben: la hija del carnicero está por casarse...

Pong, pong, pong, las campanadas bajan por la alta torre de la capilla y hacen temblar la tierra a sus pies, las puertas enormes de madera y hierro se abren y de ellas sale. Sale el párroco vestido de negro cual verdugo y, a sus costados, los zopilotes envueltos en oscuras túnicas como sombras simulando a los hermanos de la muerte, cubriendo sus humanas caras con dos máscaras

plateadas con picos de pajarero.

La hija del carnicero, baja la mirada del último atardecer que verá a su mano de plástico. En su mano de plástico ha colgado el mismo brazaete que su madre usó el día de su boda... lastima que ahora a ella le toca casarse con la muerte.

El párroco entonces comienza a hablar, comienza a hablarle al público presente... pero entonces, de los pies de la señora de abarrotes, una niña grita:

—¡Un fantasma!

El párroco se ve enojado con la torpe interrupción de la pequeña, pero la chiquita pasando por encima su poder autoritario, jala el chal de su madre eufóricamente y vuelve a decir:

—Un fantasma mamá, mira, un fantasma...

—Shhhhhh —se escucha de algún punto del público.

—Hoy, nuestra hermana marchará a su matrimonio... —continúa el párroco.

—Un fantasma de los del desierto mamá —continúa la niña.

El párroco ve a la niña con desaprobación y cuando obtiene algo de silencio, continua

—Nuestra hermana, cruzará el desierto del que nadie regresa y reposará con su esposo... que nadie deja ir.

Pero son pocos los que lo escuchan ya, pues varios comenzaron a ver la figura a la que la niña se refería como fantasma... pues no. No se trata de un fantasma, solamente de otra mujer en un vestido de bodas. "Allá" señala a los demás para que vean también. Unos tuercen su mirada y otros preguntan "¿Dónde?" y otros más vuelven a responder que "allá".

El párroco furioso, voltea a ver que carajos ven todos y entonces... se queda mudo. Pues allá, entre los dos montes, bajo un atardecer rojo sangre, una mujer vestida de blanco resalta.

Gente se comenzaba a quitar sus sombreros, unos pensaban que era una visión, pero todos por fin lo estaban viendo... ¿Habrán acaso visiones que llegan a ver todos o a eso ya simplemente se le llama realidad?

—¿Qué no nadie regresaba del desierto? —dicen unos.

—¿Cómo es posible? —dicen otros.

Ahí, en la distancia, viéndose como un pequeño puntito resaltando en el rojo paisaje, su velo vuela con la brisa de la tarde. Y a pesar de su delgado cuerpo manchado de tierra y sangre, está ella, viéndose más hermosa que nunca.

La hija del carnicero voltea, se hinca en el piso y comienza a llorar, a llorar de alegría. La gente se queda sorprendida. Pues todos ven aquella mujer de blanco a la distancia. ¿Será un espíritu o será la mujer de carne y hueso?

El padre observa a los zopilotes con ojos asesinos, ellos se hincan y comienzan a rezar por el perdón. Todo el pueblo está en conmoción por aquella figura alzándose entre los dos montes sobre ellos.

Y entonces, en medio de la conmoción todo el mundo se calla al ver cómo el fantasma o la esposa o la mujer, comienza a moverse. A moverse por primera vez. Ella levanta un brazo, un brazo alto sobre su cabeza, y cuando su brazo está por tocar el cielo rojo que la rodea, y su velo está por revelar su rostro... Ayla le sacó el dedo del medio al pueblo en el que creció.

Creemos, creemos, creemos...



Ivonne González

Sofía

Gyselle del Toro

*Tu mir weh, Luzia,
Oder irgendwer anders tut's statt dir.
Wanda.*

Había trastes sucios sobre la mesa, portadores del recuerdo caótico que la llevó a verse dentro de ese viejo departamento nuevamente. Miró a su alrededor, los sillones descuidados, la mesa en el centro de la sala perfectamente ordenada con sus cuadros orgullosamente visibles. Era obsoleto recordar. Un matrimonio feliz, las escasas fotos familiares, los pasos dados con cuidado. Aquel lugar había sido atrapado por el tiempo. Era injusto, pensaba, saberse de regreso.

Se asomó por la ventana, quería ver las venas de la ciudad en movimiento, transeúntes pasando de un lado a otro, el ruido de los motores de auto, los letreros alumbrados de las tiendas, pero en su lugar la recibió la quietud. El silencio y la soledad eran deprimentes.

Siempre volvía a ese departamento, la perseguía en sueños desde que tenía uso de razón, al final despertaba desconcertada. Era inquietante verse en un pasado que ya no existía. Se preguntaba si, en algún momento, en medio de esas calles desoladas, alguien se detenía para mirar el edificio; si, quién sea que estuviera mirando, pensaba que los residentes de aquel complejo eran felices. Tenía el presentimiento de que nunca podría salir de ahí, por más que lo intentara.

Recordó su infancia, las tardes pasadas con hambre porque la comida no alcanzaba, el llanto de su vecino tras ganarle jugando a las canicas, el perfil de su abuela cada vez que remendaba su uniforme, el olor a gasolina de la ropa descuidada de su abuelo, los zapatos desgastados, el cansancio, las sonrisas.

Observó los trastes de la mesa, el resto de cosas que componían la sala en perfecto orden, cualquiera pensaría que ahí se vivía decentemente, hasta que le prestaban atención a la pared con la pintura gastada, al mantel cuyos desgarres habían tratado de esconder, la puerta rota de la alacena, la madera descuidada de la cocina. Sus abuelos nunca invirtieron en eso para que ella pudiera tener una buena educación. Recordar era obsoleto, porque esa era la clase de pasado a la que tenía que enfrentarse.

Su madre la abandonó cuando tenía seis años, nunca escuchó la razón de la boca de sus abuelos, pero sí de la conversación casual de unas vecinas. Decían que había dejado la casa por irse con un militar, pero ella pensaba que, en el fondo, a su madre también le asfixiaba aquel departamento.

Pensó en las paredes con su tonalidad triste y en la fachada descuidada del edificio, así se veían también sus residentes. Gente desgastada por el trabajo que hacía lo posible por mantenerse al día. Siempre se preguntó qué era lo

que habían visto sus abuelos en ese lugar, si realmente les había gustado o si simplemente había sido barato conseguirlo. De cualquier manera, su abuela siempre se esforzó por convertirlo en un hogar y eso era algo que no podía reprocharle.

Los platos seguían sobre la mesa, esperándola. La realidad es que le daba miedo acercarse demasiado para interactuar con las cosas del lugar. Pensaba que, si lo hacía, ya no podría volver a salir.

Poco a poco retrocedió, como si alejarse de la sala, el comedor y la cocina, le permitiera alejarse de los recuerdos. Se detuvo en el pasillo de la entrada, insegura sobre qué era lo que debía hacer a continuación. Miró hacia la derecha, donde estaban las habitaciones y a la izquierda, donde estaba la salida. De repente se sintió más abrumada que de costumbre, caminó hacia la que había sido su habitación y abrió la puerta con una decisión inesperada.

El cuarto era el mismo que doce años atrás. Sus abuelos, fanáticos de la nostalgia y aferrados a lo único que les quedaba de su nieta, decidieron dejarla immaculada, con una fina capa de polvo como prueba de su abandono.

Abatida, se sentó cerca de la cabecera de la cama y observó el buró que se encontraba a un lado. Un libro que uno de sus amigos le había regalado, sus viejos lentes de contacto, desgastados por el tiempo y lo más llamativo, una fotografía en la que estaban ella y otra niña sonrientes. Debían tener quince años a lo mucho, la última fotografía que se tomaron juntas.

En el edificio la apodaban “la güerita del trece” pero se llamaba Sofia. No recordaba cómo fue que se hicieron amigas, pero sí de las tardes en las que se juntaban a comer galletas de mantequilla en su casa, de su habitación con un par de dibujos colgados en la pared, de las peleas de sus padres, de su hermano mayor que un día, después de años, regresó a casa sorpresivamente. Sofia era una niña muy triste para su edad, pero eso no lo sabían los adultos, porque adultos como los que vivían en aquel complejo de departamentos no tenían el lujo de notar lo que pasaba fuera de sus trabajos y facturas pendientes.

A menudo la encontraba llorando en las escaleras del segundo piso



Emilio Amozorrutia

porque la molestaban en la escuela, nunca dijo nada porque sentía que el acoso que recibía por parte de los otros niños era culpa suya. Sus padres no escuchaban y los profesores no parecían entenderlo. Pero ella lo sabía todo, Sofía siempre insistía en contarle.

Sabía cómo fue que unos niños de sexto le habían levantado la falda y la vergüenza que vino con eso, sobre sus compañeras que no dejaban de mirarla como si fuera menos, sobre los profesores que le gritaban porque le resultaba imposible retener aquello que estaba aprendiendo. Supo de las peleas, de un golpe que recibió en el estómago por parte de uno de sus amigos que la dejó sin comer por días. Los rumores que comenzaron a correr por la institución y que le hicieron la vida imposible “Sofía tiene pene” decían los niños burlándose. Lo sabía todo y, aun así, nunca pudo ver de mala manera a la güerita del trece, a lo mejor por lealtad o porque, en el fondo, sentía que no eran muy diferentes.

Se acordó de una vez que se quedaron solas cuando tenían once años, los papás de Sofía estaban trabajando y su hermano había salido. La mejor opción era ir a su departamento donde su abuela podía cuidarlas, pero esa soledad las hizo sentir tan independientes, tan capaces, que decidieron quedarse viendo la televisión sin molestar a nadie. Si se concentraba lo suficiente, todavía podía sentir el piso de cemento bajo sus pies.

Así estuvieron media hora a lo mucho, sentadas en el suelo con sus pies descalzos en un silencio total, enfocadas en la película que se estaba transmitiendo en el canal tres. Hasta que Sofía lo interrumpió “¿Sabías que las mujeres se besan?” La pregunta la tomó desprevenida, pero sin darle mucha importancia contestó: “Sí, cuando se saludan”. “No”, la contradijo, “me refiero a que se besan en la boca”. “¿Quién te dijo eso?”, “Mi prima que viaja un montón, dice que en otros países hay canales de televisión donde las mujeres se besan todo el tiempo”. “Ah”. Las dos se quedaron otra vez en silencio. “¿Por qué crees que lo hagan?” preguntó la güera, ella hizo una mueca sin saber muy bien qué contestar. “A mí mi abuela me dijo que eso estaba mal...”, comentó por primera vez en todo ese tiempo, “dijo que solo los enfermos lo hacían”. “¿Y cómo podemos saber que no estamos enfermas?” Se encogió de hombros, las palabras que salieron de su boca después de ese gesto, es algo que recordaría toda su vida: “No sé, a lo mejor tenemos que probarlo”.

Fijó su vista en la pared, en la ventana con sus vidrios sucios y el marco agrietado ¿Cuántos años habían pasado desde entonces? ¿Qué habrá sido de la güera del trece?, ¿de sus pecas?, ¿de sus labios?, ¿de su sonrisa?

Vio su viejo escritorio a lo lejos con sus cuadernos encima. Cuando partió solo se llevó lo importante, su diario y un libro de poesía que alguna amiga le regaló mucho tiempo atrás. Sentía que el resto de sus cosas conservaban la misma aura del departamento, que, si las llevaba, irremediabilmente tendría que volver. Al final lo hizo de todas formas.

Su amistad con Sofía terminó cuando su familia decidió que era momento de buscar suerte en Estados Unidos. Una noche se despidieron y no la volvió a ver.

Nunca se atrevió a decirle a nadie sobre ese beso ni los que vinieron después, tampoco sobre la exploración sexual que le procedió años más tarde. No fueron pareja porque ninguna entendía entonces qué era lo que estaba pasando y porque en el fondo, pensaban que era un juego de niñas que las cansaría tarde o temprano.

Salió de su ensimismamiento y se levantó de la cama, era hora de irse. Sin pensarlo mucho, caminó hacia la puerta de su habitación y después a la del departamento.

Se encontró en el pasillo con sus puertas y escaleras infinitas. Una parte de ella no podía evitar sentirse culpable. Siempre estuvo pendiente de la vida de sus abuelos, hasta que su abuela supo de sus amoríos. El último recuerdo que tenía de ambas eran los gritos en la cocina y un contundente “vete de mi casa, no te quiero volver a ver”. Fue obediente, no volvió a poner un pie en aquel descuidado edificio hasta que otro de sus familiares le pidió que lo hiciera para que descansara de las guardias en el hospital. “Ya cuidaste a tu abuela muchos días, necesitas dormir”, le dijeron y le dieron las llaves del viejo departamento “tus abuelos todavía conservan tus cosas, no te preocupes”.

Supuso que al final le ganó la curiosidad por saber qué había sido del lugar en el que creció. La sorpresa la golpeó al ver que los cambios por fuera eran mínimos y que, el interior seguía exactamente igual que como lo había dejado. Una parte de ella estaba enojada por la decisión que tomaron de mantenerlo así, deseaba que hubieran sacado los recuerdos de su vida, así como



Emilio Amozorrutia

lo habían hecho con ella. Le parecía que su habitación inmaculada era un altar a la versión de ella que su familia echaba de menos, la que todavía no había caído en el pecado, la que escuchaba y hacía todo lo que los abuelos le pedían, esa persona que tanto odiaba y de la que tanto le había costado deshacerse. Pero al final, pensaba, era una manera de mantenerla en su memoria y eso era algo que no podía controlar.

Sintió el metal frío del barandal bajo sus manos, observó la ventana del último piso y bajó las escaleras sin detenerse, casi como si su vida dependiera de ello. Finalmente salió del complejo de departamentos con el presentimiento de que no tendría que regresar. Suspiró aliviada y al verse a una distancia considerable, se giró para verlo por última vez. Ni siquiera con la alegría de la despedida, sentía que alguien pudiera ser feliz en ese lugar. Se volteó y siguió su camino. Era obsoleto recordar.

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Corona
Fernando Montoya

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Iitzayana San Germán Ceceña

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Sin título
Andrea Fischer

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio:
Isis Ayled González Martínez
Natalia Cobo Torres
Mariana Velázquez Uribe

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y ocho. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo de 2024.**



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



Revista Por Escrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*“Una mujer debe ser dos cosas:
quien ella quiera y lo que ella quiera”*

Coco Chanel



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir